



Sinfonía Cubana

Alejandro Sancho Royo



PDF creado el 25 julio, 2020

Esta es una edición sin carácter comercial.

Los derechos de autor deben ser respetados.

Puedes compartir este texto tal y como está conforme a lo especificado en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Se ruega comunicar al autor con quién se ha compartido en:

alejandrosanchoroyo@gmail.es

Sinfonía Cubana

Alejandro Sancho Royo

Granada, Julio 2020

**A mi querido amigo Carlos Cruz Corona
A Cuba, a su gente**

Nota importante:

Todos los personajes de este relato son ficticios. Los nombres y apellidos se han escogido por ser comunes, cualquier parecido con nombres reales es completamente casual.

Se recomienda su lectura en un dispositivo que permita la tipografía con colores. En otro caso podría sufrir la comprensión del texto.

Capítulos

I.....	7
II	19
III.....	31
IV	43
V.....	55
VI.....	67
VII.....	79
VIII	91
IX.....	101
X	113
XI.....	127
XII	141
XIII.....	153
XIV	167
Epílogo	177

«¡Tranquilo, tranquilo! ¿Sabe dónde está? No, no puede hablar. Ya, ya, diga que sí con la cabeza. Eso, eso es. ¿Sabe dónde está? Está en el hospital, ¿vale? Anselmo, Anselmo. Míreme. Está en el hospital, ¿sí? Se va, se va, vaya por Dios,.... ¡Oiga, Anselmo!» **Esa máquina me machaca con el bip, bip, bip. ¡Uf, madre mía! ¡Qué cansina! ¿Quién era esa? Parecía un buzo con tanta escafandra. El techo parece alto y el tacto de las sábanas... ¿Qué es esto? A ver, puedo mover las piernas un poco, pero las manos parece que me las han atado. ¡Estoy jodido pero bien! ¿Dónde estará Clara? Ella tiene que saber que me han traído aquí, ¿no? ¡Qué tonto**

estoy! ¡Si ha sido ella la que me trajó! ¡Pobrecilla el susto que habrá pasado, con lo médica que es! Pero aquí me van a curar, ¡carajo! me ha cogido la mierda esta del virus pero bien. No tenía que haber ido a la leche esa de la universidad con todos esos carcamales que sumamos entre todos varios milenios. No tengo ni ganas ni aire pa reirme, cojones. ¡Qué mierda de virus este! Estuvo bien la tarde pero allí lo cogí seguro. Porque, ¿qué otra cosa has hecho, Anselmo, en estos diez últimos días? Pasear por la playa, con el ventarrón que hacía no iba a coger virus ni nada. ¿O quizá fue en la consulta del médico? Lo mismo cuando fui a por las pastillas pa la tensión. ¡Yo qué sé! Pero, muchacho, se está usted ahogando pero bien. Lo que dirá la chiquita de Clara, Lucía, ¡qué cosita linda! ¡Dieciocho años! ¡Ahí es nada! ¡Qué bomboncito, madre mía! Seguro que está la pobre preocupada por su medio abuelo, como ella dice. El bip, bip , bip de la maquinita, de verdad que me hiere el oído. Si pudiera decirle algo a la doctora esa que viene por aquí enfundada, ¡joder! Pero con tanto tubo y tanta leche,

cualquiera me entiende. ¡Ah, mira, ahí ha venido! No es esa, este solo viene a revisar las máquinas y las bolsas. Ni me mira a la cara. ¡Coño, me equivoqué! «¿Qué, cómo vamos abuelo? Parece que tose usted menos, ¿no? No hable, mueva la cabeza si acaso.» ¡Cojones, toda la puta vida usando el lenguaje con precisión y van ahora y me lo convierten en binario! Además, ¿qué quieres? Me duele el cuello, me duelen los brazos, me duele respirar, ¿qué quieres que te diga con la cabeza? Debo de tener una cosa exagerada de drogas en el cuerpo y a pesar de eso las molestias son muy desagradables. ¡En fin! Paciencia por que no hay otra opción. ¿Cómo se llamaba esa profesora que estaba enredada en el tema de las milicias de indios? Estoy viendo su cara sonriente. Una chiquilla encantadora. Pues tengo que decirle cuando salga de esta que hay dos o tres fuentes que puede añadir a su trabajo, ¡cuando salga de esta! ¡Pues también soy optimista! Hay veces que en vez de respirar tumbado en la cama parece que estoy dentro de una pecera de esas como Houdini el escapista. (Redoble de tam-

bores) ‘Señoras y señores, con ustedes el famoso Houdini que tras ser atado con una cadena con las manos en la espalda, ha dejado caer la llave en el fondo de ese tanque con cinco mil litros de agua, se va a introducir de cabeza en él y con el tiempo justo para...’. Con el tiempo justo para irse a tomar por culo si no logro respirar... Si no lo logro yo, que a mí Houdini me importa un carajo. ¡Uf! ¡Qué aburrimiento! Imagino que estaré intubado, ¿cuanto?, ¿tres días, cuatro a lo sumo? ¡Joder, no me iré a morir por una gripe! Decían que era una gripe un tanto molesta, sobre todo para la gente mayor. Que sí, que con ochenta y seis tengo todas las papeletas, eso está más claro que el agua. Ahí viene otra vez la médico. «Hola Anselmo. Mira para allá, ¿puedes? ¡Anselmo! ¿Estás despierto?» ¡Joder, me entero de todo, pero debo estar muy postrado porque no logro mover ni un músculo! «Se está agitando. Pero no está consciente, creo. Quizá haya que subirle algo la dosis, ¿no te parece?» No sé si esto es estar consciente. Enterarme me entero pero, claro, no controlo y piensan que estoy agitado. Y claro

que estoy agitado. Pestañeo, es lo que puedo hacer, pestañear. Parece que esos músculos aún responden. ¿Qué hace ahí mi padre? No, no puede ser. Mi padre no puede ser. ¡Cojones! ¡Qué susto me ha dado! ¿Cómo está usted ahí? ¿Pero no se murió? Tengo que estar soñando o quizás sea efecto del cocktail de pastillas y cosas que me meten con el goteo, o todo a la vez. «*Buenas tardes, m'ijo.*» ¿Pero usted me escucha? «*Claro.*» ¿Cómo puede ser eso? «*Ya sabes, ¿recuerdas? Los antepasados se presentan cuando llega el momento.*» ¡No me joda, padre! «*Tú que vas de sabichoso por la vida, deberías saberlo, ¿no?*» Pero yo no me voy a morir todavía, viejo. «*Yo no lo sé m'ijo. Si estoy aquí es que tu cuerpo m'a llamao. Si te rompe el bicho, eso no lo sé yo. Está buena esa doctorcita que te puede curar y aquí rodeao de esas máquinas que hacen ahora. Eso en mi tiempo no había.*» ¿Por dónde usted anda ahora que está muerto? Porque si yo me aburro aquí en la cama, ¡que menuda candanga es esta!, usted tiene que estar, no sé, ¿congelado en el tiempo? «*Nosotros tenemos también nuestra leyes, ¿sabes? Y cuando digo nosotros me refiero a los muertos. Los que han pa-*

sao al otro lado, ¿me entiendes? Aquí también se respeta la edad. Los más recientes, tú, por ejemplo, pongamos que te mueres mañana...» ¡Pero qué manía tiene, coño! ¡Que no me voy a morir! «Déjame, hombre que te estoy haciendo un ejemplo. Pongamos que guardas el carro mañana. Entonces eres nuevito y te apareces lindo recién muertito. Yo, que llevo ya sesenta y un años fiambre, aquí me ves. ¿Me ves claro?» Más o menos bien, sí. Un poco borrosillo por los bordes. «¿Ves? Esa es la edad del muerto. Cuando llevas trescientos años eres casi como una sombra, como algo borroso que se mueve. Pero estado de los muertos tiene que ver también con lo que hiciste en vida.» Ahora me va a venir con el tema ese del infierno y el paraíso. «No, no, ¡quita, quita! Lo que te quiero decir es que yo, por ejemplo, ahora me pongo yo de ejemplo, aunque quisiera no te puedo traer aquí a Martí o a Fidel, ya puestos. Porque, primero yo no soy nadie pa ellos y segundo tú tampoco eres nadie pa ellos. ¿M'entiendes? Si no hay conexión, no hay nada que hacer.» ¡Váyase p'al carajo, padre, coño, que me estoy muriendo! «Tuviste buena suerte en la guerra. Me alegré mucho por ti. Has hecho carrera, coño. Me dolió que te fueras de Cuba,

pero lo entendí. Sin tu madre, sin hijos, sin mujer...Lo entendí, nada te ataba a la tierra, a nuestra isla.» ¿Por qué no se apareció en todos estos años? ¿Qué trabajo le hubiera costado, yo que sé, en sueños, una revelación, ¡dale, dale m'ijo!, cuando estaba triste. ¿Y mamá? ¿No se le apareció a ella? ¡Coño, cómo le lloraba! Que ella decía que eran lágrimas de alegría re-vo-lu-cio-na-ria. ¡Los cojones! *«Vamos a ver, hijo, que los muertos no se pueden aparecer cuando les da . Que aquí también hay que estar luchando, ¿sabes? Que si te descuidas te emborronas pa siempre, m'ijo. Un muerto se puede aparecer pa esperar a uno de los suyos. Alguien muy cercano por sangre o por vida. Lo que sí puede hacer un muerto es llamar a otros de los suyos. ¿M'entendes? Así se puede montar una buena recepción, como una fiesta. Luego vuelvo. Ándate con cuidado.»* ¿Adónde va? ¡Espere, quédese! La lucecita esa roja me tiene hasta... ¡Qué extraña la mente! ¡Mira lo que me he inventado! ¡Mi padre! Pues no que después de sesenta y un años me da por acordarme de mi padre. No se le veía herido. Claro, yo no lo vi muerto. Me dijeron que estaba irreconocible después de

que le volaran la cabeza, pobre. Menos mal que lo he recordado como era, con su chaqueta nueva, esa que se ponía para ir a rumbeo. No era guapo, pero tenía mano el guajiro. Todo el mundo lo respetaba. Y le echó huevos, porque con la edad que murió, la mayoría estaba encerrada en su casa o esperando. La Revolución la hicimos nosotros, los jóvenes. ¡Qué alegría aquello, coño! ¡Y cómo hicieron los gringos por joderla! Lo mal que lo pasé cuando se fue la vieja, cuando después vino el periodo especial y... No te digo, coño, que me voy a poner a llorar ahora, ¿no tienes bastante? ¿Dónde estará Clara? ¿Me estará esperando ahí fuera? No creo, espero que no. Con todo esto del virus y demás no creo que dejen estar a la gente en la sala de espera. Además yo llevo aquí, ¿cuanto? La luz es casi siempre igual, ¿no? ¡Pero que luz ni que luz! Joder, qué mal estoy. Si al menos creyera en Dios, podría rezar como con aquel curita de la escuela, ¡qué recuerdos, mi madre! *«Aquí me tienes, mi niño.»* ¡Mamá, qué alegría! ¿Sabe que estuvo papá hace poco? ¿Usted también vino a verme? ¡Míreme, hecho

una piltrafa! ¿Le avisó papá? *«No necesitamos avisarnos entre nosotros. Eres tú el que nos llama sin saberlo. Te echo de menos, mi niño. Cuando me marché estuve mucho tiempo dándote vueltas, pendiente de todo. ¿Te acuerdas de aquella muchacha que venía por casa?»* Marcela. ¡Qué pesada usted es mamá! ¿Vino del otro lado para volver a insistir en lo de Marcela? ¡Pero si tengo ya más años que Matusalén! *«Pero no siempre lo has tenido. Cuando volviste de Rusia estabas muy contento y entonces apareció esa chica por casa, ¿cuántos años tenías entonces, veintipocos?»* No, madre, se equivoca. Yo marché a Rusia con más de treinta. Y claro que venía contento. Me habían detectado y tratado un tumor que explicaba lo que todo el mundo sabía y yo no quería contar: la total ausencia de deseo. A veces mis amigos y usted misma me decíais que si era flojo, ya sabe, de la otra acera, solo por ponerme bravo, no sé, ¡para ver si me empataba con alguna chica y ya! Cuando me dijo el doctor allí en Rusia que mi falta de deseo y los demás síntomas que tenía se debían a un tumor que apretaba la pituitaria o no sé qué, le dije, ¿y eso se cura? ¡Cómo no, cama-

rada!, me dijo. Aquella operación no podía haberla hecho aquí, madre, en aquellos años. Y después todo mejoró, con la medicación casi todo poco a poco se recuperó, pero el médico me lo dejó claro. Lo mejor es que se mantenga usted soltero, me dijo. *«A mí no me contaste nada de eso. ¿Por qué lo tenías tan callado? Yo pensé que había comido mucho y bien allá y que por eso venías tan mejorado.»* También era eso, claro, pero sobre todo es que al extirparme el tumor muchas cosas se fueron con él. Eso y que ya había empezado a dejar la juventud. *«¿Y qué fue de Marcela?»* Marcela se casó, ¿no se acuerda? Se casó y se fue pa La Habana. Allí tuvo niños, cuatro que recuerde. Cuando usted faltó, en el ochenta, vino a su entierro. *«No la recuerdo en el entierro. Era buena chica, Marcela. Era limpia y hacendosa, la mujer que yo quería para mi Anselmito.»* No le dé más vueltas, madre, no se irrite. ¡Con la de años que han pasado! Ya todo está perdido, ¿no ve? ¿Qué sentido tiene que usted venga ahora con lo de la Marcela? Aquí estoy como Jonás en la tripa de la ballena. *«¿Quién era ese Jonás? ¡Tanto estudiar! Cuando te fuiste para Rusia me*

quedé muy sola. Orgullosa de mi hijo, que iba a estudiar historia y marxismo nada menos que a la universidad estatal de Moscú, pero muy sola.»

Fueron cuatro años nada más y volví con un título y un puesto en la universidad Central de Las Villas, ¿a qué otra cosa podía aspirar el hijo de un fogonero? *«Tu padre no era fogonero, era ayudante de maquinista en una de las líneas más importantes del país.»* ¡Venga, madre! Yo no le deshonro si le llamo fogonero, que es lo que era. Por cierto, ha estado aquí hace...no sé cuánto hace. Llevo perdida la cuenta. Las horas parecen días y los días, horas. ¿Lo ha visto? Es decir, ¿se ven al otro lado? *«Aquí las cosas son diferentes, hijo. No te puedo decir que no nos veamos pero es diferente.»* Por cierto, madre. Quiero preguntarle una cosa pero no se ría, ¿vale? *«Dime, hijo.»* ¿Existe Dios? Quiero decir, que como se ha muerto usted y lleva ya unos... *«Este año hago cuarenta.»* ...eso. Pues me imagino que en cuarenta años al otro lado le habrá dado tiempo en averiguarlo. *«Mira, en eso aquí pasa como allí, hay gente que dice una cosa y gente que dice otra. Lo poco que sé es que solo puedes hablar en cadenas, como quien dice.»*

Hay mucha gente en mi cadena muy católica, sí. Y toda esa gente cree en Dios, pero verse, lo que se dice verse, yo creo que nadie lo ha visto.» **¿Qué es eso de las cadenas, madre?** *«Pues mira, nosotros no tenemos lo que se dice propiamente vista, ¿sabes? Es difícil de explicar. Ver, vemos, pero solo si has conectado antes. Como no ocupamos un espacio, digamos, no podemos, por decirlo así ‘mirar a nuestro alrededor’ sino más bien sería ‘conectar con los que nos han conocido’. Mi hijo, me pides que te cuente cosas que no sé contar con palabras.»* **Algo voy entendiendo. ¿Se ha ido ya? ¡Madre! ¡Madre! ¿Dónde está?** *«Está llamando a la madre, el pobre. ¡Anselmo! ¡Anselmo! ¡ Que está en el hospital, lleva aquí cuatro días! Se va a poner bueno, ya verá.»*

II

Mi verso es de un verde claro y de un carmín encendido. Mi verso es un ciervo heriiiiido que busca'nel monte ampaaaaaaro. ¡Vaya tela la maquinita! ¡Si el bip, bip, bip, tuviera ritmo de son! Limpia'el camino de paja que yo meeee quiero sentar en aquel tronco que veo y así noooo puedo llegar. ¡Pan, pan, pan, tariro riro, pan, pan, pan! ¡Me abuuuurro! ¿Qué haces ahí de pié? ¿Quién tú eres? *«¿Nunca te enseñó tu madre una foto mía?»* Pues ahora que lo dices, creo recordar una foto...pero eras más joven. ¡Anda, mi madre! Usted es Leonarda, mi abuela materna. La foto de usted estaba en la casa del abuelo, allá en Cai-

barién. La veo ahora cambiada. *«Has pasado de llamarme de tú a llamarme de usted. ¿Ves, has necesitado saber que soy tu abuela para tenerle respeto a esta negra?»* No es por eso, abuela. *«No te excuses, hijo, estoy acostumbrada. ¿Tú sabes mi historia?»* Algo me contó mi madre, abuela. Pero aquí en este lecho, lleno de tubos y con la maquineta esta de los huevos que no para de hacer bip, no me vendría mal un rato de cháchara. Pero siéntese abuela, en la cama mismo. *«No te han enseñao a ti todavía los modales con los muertos, ¿no?»* La verdad es que no. *«Mira m'ijo, a los muertos no se les puede pedir que se te acerquen y no digamos que te toquen porque entonces pierden fuerza y se ponen como borrosos.»* Perdón, abuela, lo decía para que no se cansara. *«No te preocupes, no hay cuidado, me ves de pie pero, en realidad no estoy ni de pie ni tumbada.»* ¡Qué sabios se vuelven ustedes, los muertos! *«La verdad es que sí, que en vida aprendí poco, a sufrir y poco más.»* Cuénteme su historia entonces, abuela pues lo poco que sé, lo que me contó su hija es que nació esclava y se casó joven con el abuelo. *«Eso es. Nací esclava, hija de esclava. Mi madre se quedó de su dueño, el*

hijoeputa Wilson que me dio la vida y el apellido. Pero esa es otra historia. La hacienda donde vine al mundo era hermosa. Ya quedaban pocos esclavos en aquella época. ¿Sabes? Yo no tengo memoria de lo que es ser esclava. Mi mamá claro que sí, pues a ella lo cogieron allá en África. Pero el mundo en el que yo crecí era un mundo de gente jodida sin mucha diferencia entre los que acabábamos de ser liberados y los jornaleros de la hacienda. Gente jodida y ya. Trabajábamos desde chiquitines. Con apenas seis años empecé a ayudar en la casa y el campo. Mi mamá murió de su segundo parto, ella y el niño. Yo no la recuerdo. Yo tenía cinco años cuando murió. El patrón nunca quiso tratarme como su hija aunque tampoco lo negó. Creo que me libré de su tendencia a empatarse con todas las que veía porque sabía el malvado que era su hija. Cuando él estiró la pata yo tenía veintiséis y tu madre no había nacido. Entonces fue cuando las cosas me empezaron a dejar de ir mal porque bien, lo que se dice bien, nunca me han ido.» **Pues si le sirve de consuelo, ¿qué quiere que le diga? A usted se la ve guapa, más que a mi madre, incluso.** *«Para mí la muerte, no es que fuera una liberación, pero no me costó. Cogí berro de dejar a tu madre solita con*

doce años. Tu abuelo Andrés no era mal hombre, no. Pero tenía sus cosas y una niña de doce está en un momento mu malo pa dejarla sola, ¿no? Pero por lo demás morirme me pareció descansado. Me dejé ir.» No me diga eso. Yo lo estoy pasando muy mal aquí, abuela. Mira que me tratan bien y están pendientes de la menor tos. Vamos, que me tiro un peo y se me acercan a ver qué ha sido. Pero esto es duro. *«A mí lo que más me gustaba en la vida era ir al mar. Cuando conocí a tu abuelo estaba en la playa. Trabajaba en la casa, por fin. En aquella época la casa de la playa del patrón era a la vez un destino deseado y temido. Cuando llegué allí, el Cabrón, que así le llamábamos entre nosotros, era ya viejo y no tan peligroso. A pesar de todo se paseaba desnudo por la casa sin atender a quién estaba delante. Si me olvido de él y de que era mi padre, aquella fue la época más feliz de mi vida. ¡Los amaneceres en la playa eran tan hermosos! Merecía la pena trabajar allí aunque el Cabrón casi no pagaba nada. El trabajo en la hacienda era bastante más duro y los hombres caían enfermos con facilidad. La temporada que viví en la casa la playa, le llamábamos así ‘casa la playa’ sin el ‘de’, unos cuatro años, dormía prácticamente*

al raso. En días de lluvia o cuando soplaban el huracán, dormíamos debajo de la casa que estaba levantada sobre pilotes. A veces el Cabrón se percataba de dónde estábamos las mujeres durmiendo y se meaba en el piso, exactamente encima. Por diversión, él era sí. No tuvo hijos. Vamos, sí que tuvo, pero no con su mujer. A la tercera hija de su matrimonio la mujer se las llevó consigo a Inglaterra y no se volvió a saber de ella. Y el hijo puta no quiso reconocer a todos los que estábamos en la hacienda. Que yo contase, seis varones y tres hembras. A ninguno lo prohijó, éramos sucios para él, ¡sghhhptágh!» **Abuela, estás en un hospital, no se puede escupir.** *«Ni que estuviera viva, m'ijo. Pero déjame que te siga contando. Cuando llegó tu abuelo yo era una joven recién cumplidos los veinte y él era un muchacho despistado buscando trabajo que no tenía donde caerse muerto. Había salido de Santiago, estuvo luchando en esos campos y en la guerra desde joven y cuando llegaron los gringos, él se iba pa La Habana... ¡andando, fíjate! Era época de zafra y pa poder comer pidió sitio en la Hacienda. Era mañoso y enseguida el mayoral se dio cuenta de que iba a ser más útil en la casa la playa que con el machete.»* **No sabía yo eso, ¿qué maña tenía**

el abuelo? *«¿No recuerdas la de cestos, esteras y se-
rones de junco, las cuerdas de guacacoa, las jabas y
macutos que tenía guardando las viandas?»* Pues
ahora que lo dice, sí, claro. Siempre pensé
que eran cosas de guajiro, abuela. No recuer-
do que mi madre me dijera nada de que tejía
con mimbre. *«Más que con mimbre, con junco y
otras plantas que él conocía bien.»* ¿Cómo apren-
dió el abuelo a hacer los cestos? *«Lo aprendió
de su amigo, ‘el Negro Eó’, que andaba siempre de
acá para allá con sus varas secas y sus cuchillos y
leznas. Fue después de que muriera su padre, el Lu-
cas.»* Nunca oí hablar del bisabuelo Lucas.
*«Normal. A tu abuelo no le gustaba hablar de eso.
Se murieron su padres en una peste, en el 94, cuan-
do él tenía quince años.»* Estás hablando de 1894.
«Pues claro, ¿de qué 94 quieres que hable?» Sigue,
sigue. Usted sabe, abuela que todo esto a mí
me interesó mucho, que, vamos he dedicado
toda mi vida a bucear en la historia y como
usted diría ‘los papeles antiguos’. *«Pues claro,
Anselmo, claro que lo sé. ¿Por qué te crees que te es-
toy contando toda esta historia?»* Pensaba que es
porque me estoy muriendo. Eso han dicho
mis padres. *«Ya. Tienen razón. Pero podría sim-*

plemente saludarte y esperar a que acabe la cosa. Pero parece que aún te queda fuelle, m'ijo.» Sigue, por favor, ¿qué pasó con el abuelo entonces? «Cuando ese muchacho flacucho con cara de muer-tohambre apareció por la casa la playa me dije: ese es mi hombre. Lo supe en cuanto lo vi. Y no es que me enamorara, ¡qué va! No teníamos tiempo pa esas cosas. Era algo que no venía del coco, ni del corazón, era algo que venía de abajo, ¿sabes?» ¿De los pies? «¿Eres tonto o te lo haces? Yo era una titi linda como has dicho hablando de la foto y me maneja-ba bien en la casa. No tardamos una semana en templar y al poco nos casamos. El Cabrón era ya muy mayor y no hacía ni caso. Nos casamos allí mismo, en la casa la playa.» ¿Y cómo fue que mi madre nació en Remedios? «Cuando el Cabrón murió las cosas cambiaron mucho pa nosotros. Los abogados que tramitaron la herencia nos echaron a todos de la casa la playa. Nos dijeron que había trabajo en la hacienda pero ni mi Andrés, tu abuelo, ni yo quisimos ir. Uno de los tagarotes que no era mala gente nos ofreció trabajo en Remedios, y allí que fuimos. Teníamos apenas unos trecientos pesos de oro que habíamos ahorrado entre los dos. ¡Imagínate! La arroba de pan estaba a unos sesen-

ta. Eso era todo lo que habíamos conseguido en los últimos años del maldito Cabrón, años en los que pudimos ahorrar algo. En Remedios no nos trataron mal. No pasábamos hambre ni apuros, éramos jóvenes y veníamos de algo malo, pero yo echaba mucho de menos mi cayo, mi casa la playa aunque durmiera al aire. Mis primeros niños morían. No sabíamos porqué pero tenía abortos. Entonces fue cuando fuimos a ver a la Señora del Buen Viaje que está en una de las dos iglesias de la Plaza Mayor.» ¡Ah! Esa historia sí que me la contó mi madre. «¿Viste?» Sí, y ¿cuándo pasó eso? «Echa cuentas, tu madre nació con el siglo, en 1900. Cuando llegué a la iglesia, pues nosotros vivíamos en una finca como a un par de horas del pueblo, le hice la promesa a la Virgen de que si llevaba a término el embarazo -mi tercero- le pondría Remedios si tenía una hija o Juan si tenía un hijo.» ¿Por qué lo de Juan? «¡Ay! Es que no quería disgustos y como la iglesia d'enfrente era la de San Juan Bautista me dije, no vaya a ser que sea niño y tengamos problemas.» Eso no me lo contó así mi madre. Yo creía que le llamasteis Juana por que nació el día de San Juan. «Cuando vimos que el embarazo iba bien, nos pusimos muy contentos, ¿te

imaginas después de tres abortos? La mujer del abogado, la que nos había contratado en la finca, buena gente, nos dijo: 'cuando salgas de cuentas te vas a la ciudad'. Ellos tenían casa en la ciudad, ¿sabes? Y, es verdá, tu madre nació justo el día de San Juan, un 24 de Junio y cuando la vimos tan rosadita, tal linda y ¡viva! dijimos, no vaya a ser que se nos enfade el santo. Así que le llamamos Juana de Los Remedios Ochoa Wilson. Cuando fue el abuelo a registrar el nacimiento quiso que no apareciera el apellido del Cabrón, pero no le dejaron quitarlo porque el muy tonto les había dado mis papeles. Yo no sabía leer y no estaba para nada de eso. Me tengo que ir Anselmito, luego vuelvo.»

¡Adiós abuela, sí vuelve, vuelve, que me alegra mucho verte! ¡Qué vidas esas, tan arras-tradas! Nosotros ahora nos quejamos, sobre todo los jóvenes que, mira que es buena chica, pero mi medio nieta, la Lucía, esa no aguanta lo más mínimo. Me acuerdo cuando, medio en broma, le contaba el cuento de la princesa y el garbancito debajo del séptimo colchoncito. ¡Cómo se reía la condenada! Pero es así. Antiguamente éramos más sufridos, entre otras cosas por que no nos que-

daba más remedio. ¿Cuándo se acabará esto? ¡Por favor! «Buenas tardes, Anselmo, ¿me escucha?» ¡Ummm! «Eso está muy bien.» ¿Cómo cojones va a estar ese mugido torpe muy bien? «¡A ver! ¿Le duele algo?» Esta mujer no sabe, con todo lo buena gente que es, que no estoy sordo. ¡Menudos gritos me pega! «Que si le duele algo, Anselmo.» ¡Ummm! «Bueno, pues eso está mejor, ¿no?» Si tú lo dices. Porque te acabo de contestar ‘todo’ que me duele ‘todo’. Pero claro, no me expreso muy bien. De hecho no soy capaz de articular nada. ¡Joder! Pero bueno, es lo que hay. «Me ha dicho su sobrina que es usted de Cuba, ¿no?» ¡Ummm! «¿Quiere escuchar música cubana? Mire que aquí en Cádiz nos encanta.» Pues no estaría mal, la verdad, pero me cojo berro cuando lo único que puede salir de mi boca en ¡Ummm! y siempre entiendes que digo que sí. ¿Qué coño hago pa decir que no? «Duermo en mi cama de roca mi sueño dulce y profundo: roza una abeja mi boca y crece en mi cuerpo el mundo...» ¡Cojones con el Pablo! No ha podido escoger la doctorcita un temita más apropiado pa mi situación... ¡pobrecilla!,

todo lo que estará pasando. Porque yo, al fin y al cabo, ya llevo tiempo en la guerra esta de vivir y todo eso. ¡Qué cansancio! ¡Otra vez la máquina! «*¡Anselmo! Tranquilo, que ya llegamos. ¡Me parece que está fibrilan...*

III

Pues por el tacto de la cama, el dolor de cabeza y el ruido del respirador concluyo que no la diñé. Bonita palabra esa. Muy andaluza. Estoy vivo, jodidamente vivo. Mira, ahí viene la doctorcita. *«Buenos días, Anselmo, menudo susto nos diste anoche.» ¡Ummm!* *«Bueno, que no te sentó bien Pablo Milanés, ¿no?.»* **Ahora yo diría ‘eso parece’ y tú solo vas a escuchar ¡Ummm!** *«No te preocupes que te pongo otra cosa. Esto me lo ha traído Clara, para que te lo ponga. Es tu propia música, ¿vale? ‘Se aprepara la eyibona pa’ dar comienzo a la obra. Se aprepara la eyibona pa’ dar comienzo a la obra. Su’iyabó ta furulele en prenda de cabiosile.*

Su'iyabó ta furulele en prenda de cabiosile...'.»
Mira tú, eso está mejor. Esta niña tiene gusto. Bueno, el gusto de traerme lo que me gusta. A ver cuándo me dan un poco la vuelta, que estoy aburrío de la postura. ¡Qué pesadez! ¿Quedará poco? ¡A ver, mejor, lo que se dice mejor, no estoy! Y ayer estuve pero que muy jodido. Me pusieron bocabajo y estoy un poco mejor pero esta posturita termina por cansar. Me duelen, ¿los huesos? ¿Son los huesos? Ya no sé ni cómo llamar a ese resquemor profundo que no sé de dónde viene. Tengo que estar colocado como un yonqui porque estas oleadas de vértigo que a veces parecen hasta placenteras no pueden ser por el bichito sino por la coctelera de daikiris de diazepán, lorazepán y miratuquépan me estarán metiendo pa que aguante to esta mierda. Ahora que estoy mirando pallá, pa Gelve que dice el amigo sevillano de Lucía, el que se hace el gracioso y está más enredao en la chavalilla que el ovillo un chino. Pues eso, que ahora que estoy mirando pa Gelve nada más veo el soporte de la maquinilla y la cortinita esa de plástico. Estaría cachondo que

me proyectaran ahí una película, una serie de esas que le gustan tanto y que, no sé cómo la Clara se las deja ver. Está bueno eso. Yo con dieciocho era un muerto hambre que servía pa hacer la revolución, pa matar y lo que hiciera falta pero no sabía nada, casi nada de la vida. Esta niña con esa edad no ha roto un plato y ya ha visto de todo en la pantallita de los cojones. ¡Coño! ¡Que m'has asustao! ¿Quién tú eres ahora? *«Tu abuelo Isaías, ¿es que no me conoces?»* ¡Coño, abuelo! Por fotos na más. Las que tenía la abuela en la repisa y alguna más que me enseñó, que guardaba en un álbum. *«Ya veo que estás tocao, m'ijo. El bicho este nos está dando una trabajera que no sabemos a dónde acudir. Pero, ¿sabes? a veces podemos decidi'lo, otras, son los vientos que soplan fuerte por acá los que nos traen y nos llevan. ¿Pero qué posturita más extraña se traen por aquí con los enf'e'mos?»* No sé, abuelo, esta gente sabe lo que hace. Si no fuera por ellos estaría fiambre, con usted y con la abuela. *«No me hables de esa que me empingo.»* ¿Qué pasó, abuelo? Ella siempre hablaba ricuras de usted, con ese acento andaluz tan marcado que tenía. A mí,

y eso que solo tenía diez años cuando murió, me parecía una señora guapa, a pesar de su edad, y simpática. *«Desde luego, m'ijo, en eso llevas toda la razón. ¿Qué tú piensas de las gallegas en general? Porque cuando ella llegó y la conocí tenía en la mente, tú sabes, que si son frías, que si son estrechas, que muy señoritingas. Cuando le dije a mi padre que iba por ella. Me lo dejó clarito también.»* ¿Cómo se llamaba mi bisabuelo? Puede que me lo hayan contado pero ahora mismo no me viene a la memoria, disculpe. *«Antonio Martínez Quirós, natural de Sevilla, nació en el barrio de la Alfalfa, que tanto quería, en 1810. Pues él me lo dejó clarito. Yo ya era un hombre de veintitantos años que a mí eso de los números no se me da muy bien. Aunque mi padre era andaluz no buscó una gallega pa casarse, se casó con mi madre, que era una habanera alegre y trabajadora como pocas que me dio este acento que yo tengo. Pero no me desvió de lo que te iba a decí. Él me dejó clarito que las gallegas eran frías y estiradas. Parece que se había hecho el hombre como la idea de que 'eso es así' y quería adve'ti'me. Y lo que te digo, a los dos años de casado con tu abuela, ya empezó el tonto.»* ¿El tonto? *«Sí, hijo el tonto. Primero fue el mus-*

hashito de la bodega. Nosotros tuvimos una bodega pequeña, cuatro frijolillos, que si algo de asúcar, que si unas viandas, en la propia Habana, en Guanabacoa. Y claro, teníamos un mozo que hacía recados, traía cosas. Luego que si el del carro, luego yo que sé. Así que las gallegas frías se quedaron en España porque esta de fría, nada de nada. Tu abuela y yo nos casamos en el noventa. No habían pasado cinco años y ya me empezaron a crecer los cue'nos. Me acue'do ahora de la edad de la boda porque, claro, esta era redonda, yo tenía treinta años y la desgraciada de Mariela dieciocho.» La edad de Lucía. Es que no son edades esas pa casarse. «¿Quién ha dicho eso? ¿Y quién es esa Lucía?» Lucía es la hija de Clara, la pariente con la que vivo aquí en Cádiz. Pues esa tal Clara, es bisnieta de la madre de tu Mariela, ¿usted entiende? ¿Se acuerda de Pedro, su cuñado? «¡Cómo no me voy a acordar! Se empató con una titi joven de Guanabacoa. Ella era costurera o algo así. Ellos volvieron a España antes de la primera guerra.» Eso es. Por eso, en parte, estoy aquí. El hijo de Pedro, Pedrito, nació en Sevilla y se casó ya mayor, en segundas nupcias con una americana que conoció en la base de Rota.

«¿Qué es eso de Rota?» Después de la Segunda Guerra mundial, en los inicios de la Guerra Fría, disculpe, abuelo pero usted ya estaba frito. *«Me fui en el treinta y cinco, sí. Pero los muertos, por lo general estamos al tanto, sigue.»* Pues eso, que en el cincuenta y tres el dictador firmó un acuerdo con los gringos y se creó una base naval en Rota, provincia de Cádiz. Pedrito se enamoró de una gringa muchos años menor que él, como suele ocurrir. La gringa y él eran personal no militar de la base. Él no había tenido hijos de su primer matrimonio. Llevaba ya más de diez años viudo y no tenía planes de empatarse pero se le coló la gringa por delante, se casaron y tuvieron a Clara. Elisabeth, que así se llamaba la gringa se volvió pa USA cuando Pedrito murió y a la pobre de Clara se le partió el alma al ver que su viejita decidió poner tierra por medio en vez de quedarse con ella. *«¡Cojones con la gringa! Es que son raros esa gente, no le tienen respeto a la prole. ¿No te digo, la'garse así y dejá a la hija sola?»* Bueno, tengo que decir en su favor que Clara en esa época estaba muy perdida. Fue un poco antes de conocer-

me. Yo ni tenía noticias de su existencia. Yo en esa época languidecía con más de sesenta años en la universidad de Las Villas. *«¡Anda, coño! Me salió listo el nieto. ¿Qué tú hacías allá?»* Daba clases de Ruso, de Historia y lo que me pedían en la facultad de Humanidades. Pero en esos años la docencia era dura. Bueno, era duro todo. Yo penaba por mí, claro, pero al fin y al cabo vivía solo y me las apañaba más que bien. Pero se me caía el alma a los pies viendo a las criaturas llegar a la universidad sin haberse echao algo caliente en la boca en días. ¡En días! La caída del bloque soviético fue devastadora para nosotros. Especialmente para esa generación que crecía entonces, abuelo. *«¿Le damos la vuelta, Anselmo?»* ¡Qué susto m'han dao, joder! Pues sí, a ver ese cuello cómo se porta, digo yo. Aunque con lo que peso van a necesitar a cuatro por lo menos. *«Hace falta gente aquí, por favor, cuando podáis.»* ¿No has visto? Por lo menos peso cien kilos, hace falta más gente. *«A ver, Anselmo, lo vamos a mover. Usted tranquilo, pero no se extrañe, ¿vale? ¿Listos? Un, dos y»* ¡Madre mía! ¡Qué mareo! Y eso que el ron no

lo pruebo desde... ¡yo que sé cuándo! «¡Hom-
bre, Anselmo! Ha abierto usted los ojos, eso es
muy bueno. ¿Cómo está?» **Jodido pero no sor-**
do. «Parece que quiere hablar. ¿Cómo tiene la
saturación? Baja, pero mucho mejor que ayer.
¿Cómo respira usted, Anselmo, mejor? ¡Eso es!
Levante la mano. ¡Muy bien!» **No te jode, si an-**
tes no levantaba la mano es porque estaban
atadas. «Le vamos a quitar la intubación, ¿vale?
Lo vamos a dormir un poco porque es muy mo-
lesto, pero cuando pase va a estar mejor, ¿vale»
¡Otro chute! Pues bueno, así pasa todo más rápido.
«Estás como apagaio, m'ijo.» **Abuelo, ¿dónde es-**
toy? Esto parece Camajuaní, ¿no? pero como
si fuera hace mucho, mucho tiempo. Parece
una foto de esas antiguas de color sepia. ¿Us-
ted puede verme? «¿Ves el cristal ese del balcón?»
¡Allí en la ventana larga esa! «Ahí mismo, pues
mírate ahí.» **¡Coño, abuelo! ¿Qué hace usted**
ahí? «Ese eres tú, Anselmito.» **No entiendo,**
abuelo, ¿cómo es que soy yo? «Que sí, que te
has metió en mi cuerpo y has vuelto a Camajua-
ni.» **¡Eh, óyeme, muchacho! ¿qué hora tú tie-**
nes? ¿Las cinco? ¿En qué año estamos, dime?
¡Qué poca vergüenza! ¿Pues no que me dice el

crío que le pregunte a mi madre? *«Entra en la bodega esa y mira el calendario, Anselmo, a ver si te convences.»* Pero si yo estoy en su cuerpo, ¿dónde cojones está usted? *«Hazme un lado en tu coco, hijo. ¿Tú no oíste hablar de posesiones y eso?»* El calendario es del treinta y cuatro, «Cervecería la Tropical, el complemento de una buena comida. Tipos Molina y Cía, Regla 55-57. Habana», pero solo tiene cuatro meses. El año que yo nací, pero los cuatro meses finales y yo nací en mayo. ¿Así era el pueblo cuando nací? ¡No lo recordaba así! Es como más rural, más pueblo de lo que llevaba en la memoria. Dejé el pueblo cuando nos fuimos para Santa Clara, tendría yo unos ocho años. ¿Cuándo se murió usted, viejo? No, no disculpe, no va con usted. No, no estoy loco, perdone. Ya sé que no es hora de tomar, que no he tomado nada, hombre. *«En el treinta y cinco, el 20 enero.»* ¿Y yo he vuelto aquí y en esta fecha por mí o por usted? *«Cruza la calle, a ver qué pasa.»* ¿Pues qué va a pasar? ¡Brrrrrrrrruuummm! *«¿Nunca te dijeron que me atropelló un camión el 20 de enero del 35 a las cinco y cuarto de la tarde?»* ¡Coño, Anselmo, qué desgra-

cia! No te enteras de ná. ¡Ja, ja, ja!» No entiendo nada, ¿es una de sus bromas? ¿Por qué está tan oscuro? ¡Abuelo, abuelo! ¿Dónde se ha metió el abuelo? ¿¡Pues no que encima se ríe!? No le veo la gracia a esto. La verdad es que sentirme dentro del pellejo del abuelo Isaías ha sido toda una experiencia. ¡Qué pena que lo atropellaran! Así, en un momento, dejó la vida. «Buenos días, Anselmo.» ¡Bjuennosj jdias! Cjasi no mje salej la voj. «Eso es de la intubación, tardará unos días en recuperarla, pero está usted mejor, ¿no?» **Va- mojs a dejarloj en que ejstoy vivoj, que jes mejor que muejrto.** «Bueno, pues eso.» **¿Cuan- doj pojdré salir de ajquí?** «Creo que pa eso queda un poquilllo todavía, Anselmo, ¿pa qué nos vamos a engañá? Pero aquí está muy aten- díó, tranquilo...» **¡De májs!** «¿Cómo?» **¡Quej es- toy ajtendío de májs!** «¿Hombre, Anselmo, ya está usted haciendo chistes otra vez?!» **¿Cómoj que ojtra vejz?** «¿Sabe usted? Le hemos tenío que cambiar la medicación porque los delirios que tenía no nos dejaban trabajar de lo que nos reíamos.» **¿Deliriojs? ¿Túj cjrees queje eran deliriojs?** «¿El qué? ¿Sus gritos y que llamara a

su madre o a su abuelo? Pues lo más probable, Anselmo» **Puejs yo no creo que fueran deliriojs, creo que ejsran mis parientes quej me estaban...rondando.** «¡Anselmo, no diga usted esas cosas que me dan grima!» **No, si ahora, erejs capaz de aguantar estag rodeada de moribundos en el trabajo al que te dedicas a diario y sin embargo te da gjrima escuchar que mis parientes mej'taban rondando. Mira, hay cojsas que no te puedo decir porque con la pinta esa que llevajs, no quisiera metejr la pata.** «Bueno, bueno, justed se está curando! A ver si se pone bueno y nos tomamos un día una cervecita en la Caleta. Pero por ahora, mejor que no hable mucho, ¿vale?» **Ejsso estáj hjecho, sí mej callo.**

IV

Hay algo que no acabo de comprender de todo esto. Mis padres y abuelos han venido a verme pero nunca se han encontrado aquí conmigo, ¿no? Como si no pudieran estar juntos a la vez en la habitación. «¡Avisa a la doctora! ¡Anselmo, Anselmo! ¿Me oye?» Creo que algo va mal de nuevo, parece que me he desmayado o algo así. ¡Joder! ¡Ese soy yo! Y toda esa gente alrededor de mí, ¿qué hace? ¡Vaya, pos sí que se ha puesto dura la cosa! No siento nada, menos mal. Vamos que me siento ligero como una pluma. Me viene a la memoria aquella temporada en Guardalavaca, ¿lo más cerca que estuve de la felicidad? ¿No, Clara?

¿No me escuchas? No me escucha. ¿Me ves? No me ve. ¡Joder! Esto empieza a ser serio, ¿no? *«Buenah tardeh Anselmo.»* Hola abuela, me coge levantado. *«¿Levantado?¿Tú no eres ese que está pa fiambre?»* No me diga usted eso, abuela, que me quita la poca esperanza que me queda. ¿Usted tampoco puede verme? Mire, esta señora es Clara. Yo estoy aquí a su lado en la sala de su casa, la han llamado por teléfono de la UCI y la pobre está llorando. *«¡Ah!, Ya veo, estáh, ¿cómo se dice?, ¿en bilocación?»* Pues puede usted llamarlo así, abuela Marie-la. Lo que pasó ayer con el cuerpo del abuelo fue una broma de mal gusto, la verdad. Esto me está volviendo loco. *«Es que tu abuelo Isaíah era de armah tomar. No sé lo que te habrá dicho de mí, porque era mu metijón que siempre andaba imaginándose no sé que cosah. Pero seguro que lah suyah no te las habrá contao.»* Pues no, no me contó mucho. Me dijo que sufrió lo suyo con sus aventuras. *«Pues si lo dijo así en plural ya te ha mentido porque en los cuarenta y cinco añoh que estuve a su lado le tuve que aguantar treh amiguitah y con una de ellah tuvo una hija, ¿sabías tú algo de tu tía Martina?»* Pues... no. *«No te voy a decir*

que yo nunca haya tonteo. Pero lo que yo haya hecho no puede compararse con lo suyo,» ¡Pobrecita, abuela! Mi Clara, mírela como llora. La quiero como a una hermana, o una hija, o no sé qué. «*¿Quién es esa gallega pa ti?*» Mira, en el periodo especial, como le dije al abuelo Isaías, tu marido. «*Que en paz descanse, pero lejos.*» Eso. Pues Clara, tu sobrina nieta, estaba muy mal. Cuando el padre de Clara murió y su madre se largó pa donde los gringos, entró en depresión. En el noventa y siete se tomó un sabático y viajó mucho. Fue a ver a su madre que la dejó peor de como estaba. Ella tenía noticias de mi pero no sabía dónde estaba ni tenía señas ni nada. Solo sabía que una hermana de su abuelo, usted, se había quedado en Cuba cuando su abuelo decidió volver a España como un indiano con éxito. También sabía que esa Mariela Marrero Quirós, que llevaba su apellido, había muerto en 1944 en Camajuaní. «*Eso no fue así, realmente. Pero allí me enterraron, sí. Tenía setenta y doh y un mal doló me llevó casi de repente. No le dio tiempo a mi hijo a llevarme p'allá viva.*» ¿Pero dónde tú estabas? «*En ese momento estaba viviendo contigo y con*

tuh padreh en Santa Clara, hombre, ¿es que se ha ido la cabeza?» Es verdad, abuela, es que estoy confuso, ya ves. Así que tu muerte si se contó en una carta que mi padre mandó a España. Gracias a esa carta es que usted me ve ahora aquí en casa de Clara. ¿La estaremos asustando a mi Clara? *«Si te estáh quietesito y parah de dá vueltah, imagino que no se dará cuenta. ¿Tú no sabeh que a los vivoh les dá repelúh en la espalda que le ronden loh muertoh? A ver, sigue contando.»* ¡Qué no estoy muerto, abuela, coño, ya! Pero sigo, sigo contando: pues eso, que no se le ocurrió otra cosa que ir al cementerio de Camajuaní y allí encontró sus restos. *«¿Loh restoh de quién?»* Pues ¿de quién va a ser? ¡Los suyos, abuela, que no se entera! *«¿Y qué tiene eso que ver contigo?»* Pues que esta mujer, que además de depresiva es historiadora, empezó a rascar y tirando de aquí y de allí dio con que su tía abuela Mariela había tenido un hijo, que era mi padre Ricardo, allí en Camajuaní. *«Aquí estoy para servirle.»* ¡Padre, coño! ¡Qué alegría verlo! *«¡Hijo!» «Hola madre.» «Cualquiera diría que no te alegras de verme, Ricardito.» «No se me hace verla en estos menesteres,*

madre.» «En eso llevas toda la razón, que no es plato de buen gusto, no.» ¡Oigan señores! ¿Es que ya me he muerto? ¡No jodan! «No parece que la hayah diñao aún, pueh todavía hablah en negro y no en cursiva ni en rojo, pero estáh ahí, ahí.» No te entiendo, pero sigo contándote. Cuando indagó por Ricardo Martínez Marrero, nacido el 21 de septiembre de 1900 en el registro de difuntos de Camajuaní tuvo suerte. Si no hubiera sido por un ferroviario viejo que se encontraba arreglando los papeles de la tumba familiar se hubiera vuelto pa España igual que entró. Pero cuando este hombre escuchó el nombre dijo con orgullo: ‘Ese es uno de los valientes mártires de la Revolución que cayó por la Libertad del Pueblo en la ínclita batalla de Santa Clara en donde nuestro Comandante Ché Guevara, Rolando Cubela y demás lograron derrotar el ejército del indeseable Batista y liberar al pueblo de la bota del yanqui’. Clara se quedó de una pieza. ¿Santa Clara? Coincidía encima hasta con su nombre, ¡ya es casualidad! De Camajuaní a Santa Clara, ¿cuánto hay, treinta kilómetros? *«Por ahí anda.»* Pues eso, abuela que ese mismo día

estaba indagando en Santa Clara. Mi madre, Juana, que es tu nuera, abuela, había fallecido diecisiete años antes y yo me había quedado solo en el mundo. *«Ya, ya, eso ya lo sé.»* Tenía ya sesenta y tres, a punto de jubilarme. Y aparece Clara que había dado conmigo. Una mujer con treinta y dos años y con un palo recién dado por la vida, con muchas ganas de rehacerse y, ¡coño, otra casualidad!, resulta que es historiadora como yo. *«¿Qué tú eres historiador? ¿Qué historiah tú cuentah?»* *«¿Pero no lo sabe, madre, que el niño llegó a la universidad?»* *«Pues no me acordaba, qué quiereh que te diga, cuando cerré el kiosco él tenía dié añoh.»* *«Ya, mamá pero después de eso alguna vez lo hemos hablado.»* *«¿Tú y yo? Pueh no hemoh hablado mucho, no. La prueba, la forma que hah tenío de resibirme, malage.»* Abuela, el historiador no es el que cuenta historias, sino el que cuenta la Historia, así con mayúsculas. Pero dejadme que siga, ¡coño!, que no acabo. No sé si se han dado cuenta pero Clara y yo...tenemos un aire. *«¿Qué os parecéis? ¡Qué va!»* *«Pues no diría yo que no.»* Gracias, abuela. Pues eso, que en mitad del periodo especial, más aburrío

y muerto de hambre que una zapatilla vieja, aparece la gallega en la universidad con pastora, ¡con pastora! Y encima va y me dice que quiere hablar conmigo por algo personal. Y además lo dice con un acento gaditano que me llevó inmediatamente a ti, abuela Marie-la.

Era el mes de Julio y yo casi no tenía trabajo en la universidad. El caso es que nos fuimos unos días a Guardalavaca. En aquella época, que afortunadamente pasó, no nos dejaban entrar a los ciudadanos cubanos en la mayoría de los hoteles para yumas. Así que tocando aquí y allí y resolviendo, llegamos a alquilar una casita en la salida a Holguín, junto a la carretera. Allí pasamos una semana o poco más. Como le dije, abuela, lo más cerca que estuve de la felicidad. Usted sabe padre, que yo nunca he sido precisamente mujeriego. *«¿Te acuerdas, m'ijo, de la última tarde que tomamos ron antes de que me volaran la cabeza?»* ¿Cómo no me voy a acordar? Fue a finales de noviembre del 58. *«Eso es. Pues esa tarde se me quedó algo en el tintero que nunca te dije y te quiero decir ahora, aunque sea tarde.»* ¿Tarde

porqué, padre? *«Anselmito, hijo lo que te quiere decir tu padre es que han pasao sesenta y doh añoñh y tú ya ereh un anciano, coño.»* **Pues tiene usted razón, pero ¿qué es eso que me quiere decir?** *«Cuando tú naciste pasé la alegría más grande de mi vida. Tu madre era una chiquilla que no había cumplido los veinte. El parto no fue especialmente difícil pero la convalecencia fue espantosa, hasta el punto que tuvieron que llevársela a Santa Clara porque cogió una fiebre y se iba. Estuvo en el hospital más de diez días. Los primeros meses tú no cogiste mucho peso. Tu abuela, que está aquí presente te podrá contar lo que luchamos por ti, ella y tu madre.»* *«Así eh, mi niño.»* *«Cuando cumpliste los diez años, de pronto, se cambiaron las tornas y empezaste a esponjar y ponerte como un toro. Yo, la verdad, que estaba extrañado porque no me reconocía en ti. Andaba con la mosca detrás de la oreja. ¿A quién habrá salido este hombretón, me decía? Porque ni mi familia ni la de tu madre tenía gente tan grande, con ese pedazo de cabeza que me echaste. Tu madre y yo llegamos a tener incluso algunas palabritas por eso.»* **Usted no tuvo conocimiento de lo que me detectaron en Rusia, claro.** *«No, de eso me enteré una vez muerto, m'ijo. El caso es*

que yo veía que crecías más ancho y más alto de lo normal y que las mujeres te importaban como a mi las farolas. Esa tarde de noviembre, tomando ron, quise decírtelo, hijo, pero no me atreví. Yo pensaba que eras bujarrón y eso me ponía muy triste. Pero cuando veía tu empeño y tu lucha en los sindicatos, con los compañeros del ferrocarril, cuando veía tu entrega y cómo arriesgabas que te detuvieran, las palizas... Yo me decía: pues será maricón pero le echa cojones. Gracias a ti y lo que me contabas empecé a tomar consciencia de mis derechos, a luchar por lo nuestro. Y, muchacho, aunque me costó la vida, no me arrepiento de lo que hice. Morí orgulloso pensando que estaba en la misma lucha que mi hijo y que el pueblo.» ¡Padre, me va a hacer usted llorar! Eso que usted dice me hace feliz, gracias. No es que no fuera tarde, es que era necesario escuchárselo, aunque no fuera en vida. *«Pero, Anselmo, perdona que sea tan directa porque no me entero. Si no eras maricón, ¿cómo eh que no te gustaban lah mujereh?»* Pues, abuela, como le dije a mi madre, es que no tenía deseo. Y ya. No quiero seguir dándole vueltas a esto. *«Bueno, todo esto venía a cuento de tus días feliceh en Guardalavaca, Anselmo»* Si, abuela,

Clara estaba guapísima y contenta por haberme encontrado, pero si yo con treinta era como era, dime tú con sesenta y tres. Así que, como es lógico, «el temita» salió. Una día va y me pregunta, lo recuerdo como si estuviera pasando ahora, estábamos terminando de cenar en el patio delantero de la casita que habíamos alquilado. No pasaba casi ningún carro por la carretera, el aire soplaba bajito y por evitar los bichos teníamos la luz apagada. Con la luna resultó ser suficiente. No sé si fue el ron o la falta de luz que me di cuenta de que mi Clara se estaba poniendo cafiroleta. *«¿Qué es eso, hijo?» «Eso eh un durse de boniato, Ricardo. Lo que el niño quiere decí eh que se puso salida, tú me entiendeh.»* Gracias, abuela. Entonces le conté lo del tumor, que me operaron, le conté toda mi vida. Le conté todo sobre ustedes, sobre lo que sabía de sus antepasados de Cuba. Hablamos mucho, mucho, de historia, sobre todo de historia de América, de política. Esa noche entre la magia del ron, el cariño sereno que nos tuvimos, la llegada del amanecer que nos cogió en el patio y la dormida que nos pegamos uno junto al otro, en las horas

frescas de la primera mañana, Clara dejó de ser Clara y pasó a ser 'mi' Clara. Luego, los paseos por la playa, las tardes de charla y alguna que otra escapadita por los sitios turísticos de la zona y alrededores hicieron que los días se pasaran volando. Entonces fue cuando ella me ofreció venir pa'quí. ¿Cuándo te jubilas, Anselmo? Me dijo. Me faltaban dos años. Yo no quería perder mis derechos. No me quería ir por las bravas. Quería dejar la puerta abierta para volver. Así que pasamos dos años escribiéndonos, hablando por teléfono, que ahora es muy fácil, pero en los noventa era complicado. Clara movió el cielo con la tierra. Consiguió que visitara España al año siguiente, con billete de vuelta, eso sí. Porque ya les digo, quería irme bien. Ayudó a organizar en el noventa y ocho un congreso de Historia en El Puerto de Santa María, Cádiz. Tuvimos la fortuna de encontrar uno en donde pudiéramos presentar una ponencia juntos. No recuerdo muy bien, el Congreso era algo así como *'Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España'*. Yo ante los míos, lo tenía difícil, y ella ante los suyos,

mucho mejor. Pero al final, lo conseguí, fue la segunda vez que salía de Cuba, la primera fue cuando fui a Rusia, y la primera vez que una mujer me presentó a sus amigos como 'Este es Anselmo, el profesor cubano, que me quiero traer pa Cádiz, pa que viva conmigo'. Lo nuestro era una amistad extraña a los ojos de los demás y para nosotros comenzó por ser una gran amistad y ahora mismo vá más allá sin que eso signifique nada de pareja, ustedes me entienden. *«Pues yo que quiere que te diga, Anselmito, a mí tanta modernura me puede.»* *«Anda mamá, además de viejos estamos muertos, no creo que debemos opinar mucho de lo que hace el niño, ¿no? Creo que tenemos que irnos, ¿no le parece?»* ¿Se van? ¿Van a volver? Gracias por venir, padre, y a usted también abuela, aunque no me entienda. Ya soy un anciano de ochenta y seis años, estoy, ¿cómo lo diría?, más vivió que usted, abuela. Ya les iré explicando, pero vuelvan. *«Claro que sí, Anselmito, volveremoh.»*

V

«Buenos días Anselmo, ¿cómo estás? Ya veo que vuelves a tener complicado hablar. No te preocupes, por lo que sabemos, esto es dos pasitos p'alante y uno p'atrás, ¿vale? Tranquilo. ¿Puedes abrir los ojos? No responde. Vamos a esperar veinticuatro horas más así. No cambiamos la dosis. Bueno, Anselmo, ¡a mejorarse! ¿Eh?» **¿De qué habla esta? ¿Pasos p'alante y p'atrás? No me entero, imagino que se refiere a la mejoría que tuve...¿antier? , ya perdí la cuenta de los días. ¿Cuánto llevaré aquí? No sé, una semana quizás. ¿Dónde estará Clara? Cuando en mi «viaje» la vi llorando en casa, se me partió el alma. ¿Y Lucía? Ella no estaba en**

casa, estará estudiando. Lo mismo sí estaba pero como solo estuve alrededor de Clara, no llegué a verla. Porque todo esto del virus...¿- Cómo estará la cosa, porque, a ver, yo me puse malo el... diecisiete, creo. Sí, ya llevábamos dos días encerrados. Y terminamos viniendo aquí el diecinueve o el veinte, ya no me acuerdo. ¿Y si Clara lo ha cogido? ¿Y si lo de ayer son alucinaciones y ella también lo ha cogido? ¡No, por Dios! No creo en ti, pero si existes no dejes que pase una cosa así, ¿vale? Yo me voy a dónde tú quieras, pero déjala a ella tranquila, ¿vale? ¡Joder! ¿Por qué me da a mi por esto? No has sido en tu vida rezador, cuando eras muy chiquito con el cura aquel que era buena gente, pero ya. Me acuerdo de mi madre, ella sí era rezadora, no de esas que les pagan por rezar en los velatorios, sino que la mujer era creyente y le gustaba rezar. ¿Salió a la abuela Leonarda o a su padre? No sé. *«A su padre no, desde luego. La que le metió el rezo en el cuerpo fue la negra.»* ¡Abuelo, coño, qué alegría! El último que faltaba es usted. *«¿Qué faltaba?¿Qué tu dices?»* Pues que han venido por aquí ya todos, mis padres, el

abuelo Isaías, las abuelas, y me faltaba usted. *«Pues aquí está otra vez la negra contigo.»* Me da alegría veros a los dos juntos. *«¿Has visto? Es que te has puesto a pensar quién de los dos era el rezador y aquí estamos. Porque yo quisiera que te habláramos de esa cosas de los rezos.»* Háblame, abuela, que a mí me gustan las historias. Porque mi madre no me supo decir y me contó sobre no se qué de cadenas de conocidos o algo así. *«Mira, m'ijo. Cuando tu abuelo Andrés, aquí a mi lado, llegó a casa la playa y me vio rezar por primera vez se rió de mí. El venía de Santiago, había vivido a sus años, que era un chiquillo, una guerra y muchas penalidades y me dijo: '¡a ese al que le rezas le importamos un carajo!' 'No digas eso, Andrés' '¿Tienes miedo de que me escuche, negra?' El se reía de mis cosas hasta que conoció al babalao, el awo que visitaba la hacienda y la casa la playa. Entonces no le hizo tanta gracia.»* ¿Cómo fue eso, abuela? *«Déjalo, déjalo que él te lo cuente. Dile al niño lo que pasó, Andrés.»* Me hace una gracia eso de que me llaméis 'el niño'... *«Por mucho que seas un viejo grande y pesado, varado como un cachalote que perdió el rumbo, eres nuestro nieto, así que eres Anselmito, 'el niño'. El baba-*

lao no pertenecía a la hacienda propiamente dicha. No era esclavo. Había comprado su libertad y vivía con cierta soltura en Remedios. Viajaba por todas las haciendas de los alrededores y, a veces, hacía ‘encargos’ hasta en Santa Clara. Cuando me mandaron pa la casa la playa a hacer cestos y enseres de junco, en donde nos conocimos tu abuela y yo, empecé a tener un poco de alegría en mi vida. Pero las pesadillas por la noches eran terribles. Yo ya lo había visto a él en un toque de tambores en la hacienda, pero a mi esas cosas no me gustaban. Un día apareció por la playa. Tu abuela estaba rezando y haciendo ofrendas en el mar. Yo la dejaba hacer. Cuando se llegó a nosotros me dijo: ‘¿quieres soltar esos malos sueños, Andrés?’ . En seguida comprendí que tu abuela le había hablao de mi. En aquella época yo era muy arrogante y le contesté de forma fría. No llegué a insultarlo, ni le dije que se fuera p’al carajo, pero fui grosero. Esa noche no puede dormir. En cuanto cerraba los ojos era terrible lo que se me venía encima. Estuve así varios días hasta que enfermé. El Cabrón, a pesar de que la Leonarda y otros hicieron lo que pudieron por cubrirme, se dio cuenta de que no iba al tajo. Estaba haciendo todo un recubrimiento de una baranda

con junco trenzado y, como era en la zona principal de la casa, se notaba mucho mi ausencia.»
«¿Dónde está el mozo de los cestos, Leonarda? Me preguntó a mí que andaba siempre trabajando en la casa. Ya el hijoeputa no veía muy bien. ‘Ha estado por aquí hasta hace un momento y ha ido a hacer un mandao’.» «El caso es que empecé a tener fiebre y a delirar. Pegaba alaridos que ponían los pelos de punta. Llegó un momento en que se enteró y, como era un cabrón, mandó que me llevaran a la playa. ‘Es menester que esté lejos de la casa no nos vaya a pegar algo. Lo dejáis a la sombra y os volvéis’, me dijo. ¿Cómo iba a dejar allí a mi querido Andrés, al hombre que había decidido ya que sería mi marido?» «Entonces apareció el babalao. ‘Déjame, Leonarda’, me dijo. ‘Es un hijo de Yemayá que no quiere admitirlo y ella le ha mandao esta prueba’.» «El caso es que estuve al borde de la muerte. Hay cosas que no te pueo contar, m’ijo. Pero hay otras que debo contarte.» «¡Anselmo! Hemos empezado a quitarte la sedación. ¿Me escuchas? ¿Puedes mover las manos? ¡Anselmo!» **No me digas que se han ido. ¡Abuelos! ¡Joder! Se han ido. Me he quedao con las ganas de enterarme de lo que le ha echo el babalao. ¿Y lo hacía**

gratis? ¿Cómo es que lo hacía gratis?, porque hoy no se mueven por menos de unos cuantos fulas o si no, de pollos. Bueno, eran otros tiempos, ¿no? Estamos hablando de los últimos años del siglo XIX. Ahora se ve todo muy bonito y exótico, hasta los yumas quieren ir a los toques de santos, pero en ese tiempo y mucho peor antes, participar en estos ritos era un riesgo que no todos querían correr. Si se hacían de noche y en sitios alejados era por eso. Yo esta historia de mi abuelo no la conocía, y digo yo, si estoy postrado en la cama del hospital ¿cómo cojones me estoy inventando esta historia? Vas a tener que empezar a pensar de otra forma, muchacho. «¡Abra los ojos, Anselmo! ¡Vamos!» Esta es mi doctorcita, la que me habla de usted. Es muy agradable la muchacha. Bueno, no sé la verdad cuántos años tendrá. Es difícil averiguarlo con esas pintas, pero por la voz no tiene más de cuarenta. Se toma su trabajo muy en serio, se le ve. Vamos, yo no veo un carajo, pero eso. «¡Abra los ojos, Anselmo! ¡Venga!» A ver, ¿cómo lo hago? «Eso es, muy bien. ¿Cómo está?» **Cjonfujso.** «¿Cómo? ¿A gus-

to? No cierre los ojos, Anselmo, míreme.» **Confujso, dejcía.** «¡Ah! Ya decía yo que a gusto no puede ser. Lleva aquí ya una semanita, a ver si conseguimos que mejore.» **Mej molejsta mucho la garjganta, doctora, y rjespiro mujy mal.** «Eso es normal, a ver si vamos mejorando, ¿vale? Usted debe intentar ponerse bueno, ¿vale?» (¡Madre mía!, ¿qué le digo yo a esta?, la pobre lo hace con su buena intención, pero ¿cómo cojones intenta uno ponerse bueno? Si fuera por mi estaría rumbeando, ¡mira que la leche!) Sí, sí dojctora, claro, grajcias. «Ahora descanse un poco y cuando se le oiga mejor intentamos hacer una videoconferencia con Clara, ¿vale?» **Sería maravillojso, sí, por favor. ¿Puedo cejrrar los jojos?** «Claro, Anselmo, descanse. Volveré luego, ¿eh?» **Es que esto es jodido de verdad, que parece que ha corrido uno la maratón y solo he dicho unas palabras. Estaría bien que volvieran los abuelos y terminaran de contarme lo del babalao. Es que es difícil hacer un análisis histórico serio de la introducción de la Regla de Ifá en Cuba. Que hay muchos y muy buenos historiadores que se han acercado al tema pero la au-**

sencia de fuentes escritas... Ahora hay jóvenes y no tan jóvenes con otros métodos que lo van desentrañando, aunque, digo yo que a veces después de hablar con ellos y leer sus trabajos no sabe uno si están haciendo ciencias sociales u otra cosa. En fin, estoy viejo, cansado, varado, emballenado, pesado, anclado,... ¡Abuelos! ¿Dónde estáis, que os estoy llamando? ¿No se trataba de eso, de llamaros, coño? Ten paciencia, estarán en sus cosas de muertos. Lo curioso de los muertos es que parece como si también estuvieran sujetos a las categorías temporales. Porque ya me han dicho que las espaciales no les afectan, ¿no? Cuando me dijo mamá el otro día eso de que no tenía sentido decir ‘mirar alrededor’ y me contó lo de las cadenas. Eso me ha recordado al chico ese del departamento que me contó Clara que está usando los grafos para estudiar las relaciones entre las élites familiares de la cuba del XVIII. Ese chico vale mucho, deberían darle más ‘chance’, pero los carcamales del departamento no se van a tomar la molestia de aprender algo nuevo para entenderlo y apoyarlo.

«¿Qué? ¿Seguimos?» ¡Ay, qué alegría m'as dao, abuelo! Sí, sigue, ¿y la abuela? *«Se ha quedao por ahí, tenía una llamada o algo. Te contaba lo del babalao. Yo estaba mu malico, el awo se vino pa mí y me dijo: ‘¡Levántate!’ Con autoridad, como dando órdenes. Cuando miré p'arriba no estaba en la playa. Él vestía una prenda blanca y azul muy grande y lujosa, como una túnica, y estaba sentado en una especie de trono. A un lado se encontraba un delfín sostenido de pie sobre su propia cola, al otro una gran concha abierta mostraba un enorme molusco con forma de chocho. ¿Lo pillas?»* Claro que lo pilló, abuelo, ¡joder! *«Él sostenía sobre su regazo la cabeza recién cortada de un carnero. Aunque goteaba, la sangre resbalaba por su túnica sin mancharla como las gotitas de mercurio. Al levantarme me di cuenta de que estaba en una gran construcción de forma circular con paredes de barro. Allí podrían haber más de cincuenta personas, pero estábamos los dos solos. Él se me presentó a sí mismo como un Obá, un rey, y desprendía un gran poder. De repente, se transformó en la mujer más hermosa y temible que había visto en mi vida. Era tan abrumadora la sensación de pequeñez que caí al suelo de rodillas y puse mi frente contra el piso*

pues no podía mirarle a los ojos. Ella o él, como quieras verlo, me enseñó muchas cosas y muchos ritos que no me dio permiso para contar y me dijo que no podría tener hijos varones, que por mucho que lo intentara no lo conseguiría. También me dijo que la había insultado y que por ese motivo tenía que purificarme, que mi enfermedad era un proceso de limpieza, no era una venganza pero sí una advertencia. Cuando, pasados los años, tu abuela Leonarda tuvo un aborto tras otro, empecé a atar cabos. Así pasé de ser un descreído a ser respetuoso con las tradiciones de tu abuela. No es que me volviera rezador que nunca lo he sido, pero sí soy respetuoso y nunca más he vuelto a reírme de ella. Cuando se desvaneció la visión le pregunté al babalao qué tenía que hacer para curarme y, sobre todo, quitarme las pesadillas. Él me dijo que tenía que prometer no volver a comer nada que viniera del mar y así lo hice.» «¿Qué? ¿Te lo ha contado todo el abuelo?» **Hola, abuela, sí. No sé si todo, pero ha estado contándomelo. ¿Y se fueron tus pesadillas, abuelo? «Se fueron, sí, del todo.»** *¿Y qué pasó con el Cabrón cuando volviste a la casa la playa? «Ya estaba mayor. La pasaba todo el día en la cama. Él se confió por entero en un*

mayoral que era duro y exigente, pero era justo y respetuoso con nosotros dentro de las crueldades de la época y lugar. El Cabrón se negó a testar y se fue apagando. Cuando murió el hijoeputa, el mayoral dejó que nosotros hiciéramos una fiesta, aún estando de cuerpo presente, pero no permitió que desvalijáramos la casa que es lo que, si no llega a ser por él, hubiéramos hecho. Todos le teníamos respeto al mayoral. Creo que ese fue uno de los motivos por los que todos encontramos acomodo y trabajo rápidamente, por el hacer de este hombre que supo encauzar nuestro merecido odio al amo.»

VI

¡Qué aburrimiento! Es curiosa la mente, paso del dolor al aburrimiento sin darme cuenta. Me gusta cuando Clara me habla de sus libros y amistades budistas. Yo ahí no entro, ya estoy mayor. Me acuerdo del chiste, o no sé si fue una escena de una película, ese de la viejita gitana que le dice al testigo de Jehová que le intenta convencer a la puerta: ‘Si no creo en la iglesia católica que es la verdadera, ¿como voy a creer en la tuya?’ Pero me gusta cuando me habla de sus lecturas y a veces me he dejado llevar por ella. Me sienta bien y na más hay que ver a Lucía pa darse cuenta del bien que hace. Pero ya estoy viejo pa eso.

¡Lucía, mi chiquitina! ¿Cómo le irá? ¡Coño, este año tiene la selectividad y le toca el virus este de los cojones! ¿Estarán yendo a clase? ¿Y qué le pasará a la chiquilla si se cierra todo? Me dijo la doctora que si tenía la voz mejor hacíamos una llamada de esas con vídeo. ¡Menudo susto se va a pegar mi Clara cuando me vea con estas pintas! Pero, claro, yo la veré a ella, y a la niña. A ver, a ver cuándo viene. *«¡Muchacho! ¡Qué malo tú estas! No sabes lo que lo siento.»* No me venga con eso, Isaías. Me lo hizo pasar muy mal el otro día cuando lo del atropello, tenía que habérmelo dicho, abuelo. *«Son bromas de muerto, canijo.»* Usted arréglole, ¡ande! Menudo es usted, abuelo. Por cierto, que no me dijo nada el otro día de mi tía Martina. No sabía que usted tuviera otra hija por ahí. *«Eso se lo ha chivao la Mariela, ¡jodida gaditana! ¿Quién será ella pa meterse en esas cosas?»* ¡Coño, abuelo, es su mujer, es normal que le duela que tenga una hija con otra! *«Esa es mu estirá y mu larga, te lo digo yo. Pero bueno, muchacho, no he venío pa hablá mal de tu abuela vieja. Resulta que mis padres, tus bisabuelos, están pero que mu interesaos en conocerte,*

que se han enterao de que mi niño está repuntao en el hospital en Cádiz y como a los muertos no nos cobran pasaje por cruzar el charco...» Esa es buena noticia, abuelo, que estoy aquí aburrío y solo. Como una ballena encallada en la playa, como un pecio en lo hondo de la bahía, como el tanque abandonado sin combustible después de la guerra, como esa locomotora triste y oxidada a la que solo le quedan las vías debajo de las ruedas, como... *«¡Calla, muchacho! Que te me pones literario y no paras, ¡cojones con el niño! Mira, Anselmito, este es tu bisabuelo, Ño Antonio Martínez Quirós y esta tan guapa, porque mi madre era una belleza, es Ña Maria Camila Serna Gómez, tu bisabuela.»* Muchas gracias, parientes, por venir. ¡Qué honor y qué respeto me dan! Estaría encantado de conocer algo de su historia. Si no es mucha molestia porque esta soledad de cama hospitalaria, a pesar de los esfuerzos que hacen esta buena gente, es difícil de sobrellevar. *«¡Cómo no! Yo nasí en la Arfalfa, un barrio del sentro sevillano, en 1810. Por aquel entonse mi padre me contó que empesaron lah corte de Cádi. Sevilla era una ciudad enorme pero venida a meno y muy*

abandonada. En cuanto pudo sé noh mudamoh a Cádi, de mih añoh en Sevilla casi ni m' acuerdo. Recuerdo vagamente jugá delante de la iglesia e San Pedro cuando era un crío. Pero Cádi, ¡ay, Cádi! Era un lugá maravilloso, lleno de lú, de alegría, de notichah que venían del otro lado del océano. ¡Ay, mi Cádi!» **Entonces usted estará encantado de estar aquí de nuevo, ¿no, bisa?** *«No me llameh bisa, por favó, que me recuerda a otrah cosah. Llámame Antonio, hijo.»* **Sí, sí, lo entiendo. Pero siga Antonio, que me interesa.** *«Cuando cumplí los diesinueve conocí a un muchacho, algo mayó que yo, que estaba organizando su salida para Cuba. Él y yo trabajábamoh con mi padre en el tallé de toneleh. Él, como peón, ganaba poco aunque le daba pa viví. Yo, como hijo del dueño, no ganaba ná, solo la esperansa de heredá. En aquella época Cádi era uno de los pocoh puertoh de donde salían loh barcoh pa América. Y allí que nos fuimoh, una mañana de mayo, sin yo desirle ná a mih padreh. Leh dejé una carta en la sacristía de la Iglesia de Santiago, donde mi madre acudía con frecuencia. Mi idea era que cuando la encontraran fuera demasiao tarde, cosa que así fue. Salí de casa con un hato y lo justo para viví,*

pueh mi amigo, que conocía a uno de loh contratadoreh de la marinería, noh metió de rondón en el ró. El bergantín tenía el romántico nombre de ‘Correo de La Habana n°2’ y hasía la ruta Cádi-La Habana desde hasía poco. Mi amigo Ginéh y yo viajábamoh como pincheh de cosina, trabajando más de dié horah diariah y ¡pagando por ello! Ahora bien, si el pasaje normá era equivalente a doh meseh de trabajo, el nuestro nos costaba la cuarta parte. Se dieron cuenta pronto de que era habilidoso con el despiese, así que me llevé sinco semanah sajando carne de puerco para los pasajeroh y de res para los principaleh, que no eran pocoh. Cuando llegamoh a puerto había despiesado veinte puercoh grandeh y tres reseh yo solito, que los conté.» **¿Pero usted los sacrificaba, Antonio?** *«Graciah a Dió, no. Que no soy yo mu matarife. Loh animaleh viajaban en bodega, loh sacrificaban en la cubierta y me loh traían ya desangradoh y todo. No era costumbre comé la carne sin haberla dejado colgada por lo meno unah horah. Como en la mar no hay moscah, la carne se refrescaba rápido sin miedo a la gusanería, tú sabeh.»* **¿Y qué usted hizo cuando llegó a La Habana?** *«Lo primero que hicimoh Ginéh y yo es buscá un recambio. En*

loh papeleh que firmamoh se desía que noh podía-moh quedá en Cuba si encontrábamoh alguien que hisiera nuestra vuerta en lah mismah condisioneh. No fue fáci y tuvimoh que pagá parte del pasaje de vuelta, pero al final encontramos doh hombreh hechoh y derechoh que estaban deseando volvé y no tenían modo ni dinero, así que noh liberamoh del compromiso.» **¿Y a qué se dedicó usted una vez allá, Antonio?** *«Mi caso, sin sé mu extraño, tampoco era corriente, yo era un muchacho que sabía leé y escribí y que tenía siertah nocione del mundo, podría desirse. Además Ginéh y yo podía-moh entre loh doh montá toneleh y allí lah ganah y la madera no faltaban. Lo que sí faltaba era el metá que había que pagarlo a precio de oro, eh un desí. Ginéh se despidió de mí y se fue pa Méjico al mes de llegá pues no quería repetí lah mismah cosah que en la metrópoli, lo de entrar como obrero en un tallé y eso, y ya no lo volví a vé. Yo vi en una hormería en la calle Mercadereh, en La Habana Vieja, a los treh díah de llegá, un letrero que desía ‘Se admite chico de aprendiz: comida, cama y salario a convenir’. Al poco de entrá por la puerta de la hormería me dije, Antonio, aquí puedeh ganarte la vida mu bien. Y así fue, allí trabajé hasta que conocí a*

*mi primera mujé, Angelita, que murió la pobre sin darme hijoh. Anduve yo revuelto unoh añoh después de aquello, como perdido del tó. Cerró la hormería porque el dueño estaba mayó y yo no quería pagarle lo que me pedía por el traspaso, que el negocio, la verdad no daba para mucho. Tenía ya amistadeh en La Habana y un buen amigo me insistió en abrí una sombrerería a mediah, así que con mih ahorroh, catorce años después de llegá, abrí una sombrerería en la calle Teniente Rey, esquina a Ofisioh. Mi sosio era tomadó y viéndolas vení, pedí un crédito y le compré su parte. ¡Bendito sea el día! El pobre acabó loco y borracho hasta que se cayó un día desde el Malecón y se partió la crihma. Unoh meseh después de aquello entró una señorita presiosa acompañada por su sirvienta a encargarme un sombrero. Tendría unos diesiséis o diesisiete años.» «Diecisiete» «Eso. Cuando se acercó a mí y olí su perfume, rosé su cabello para tomá medidah y vi esa sintura que podía abrasá con mih doh grandeh manoh, me dije, Antonio, esta niña te la tieneh que llevá al altá y luego a la cama. Sabráh, Anselmo, que en Sevilla la palabra ‘niña’ se usa incluso con lah señorah mayoreh, que no era el caso.» **Sí, en Cádiz también hay gente que la***

usa así, sí. *«El asunto é que la chiquilla no paraba de pasá por la tienda y encargá sombreroh, cosa que me dejó claro que por su parte había ganah, y dinero.»* ¿Así fue de rápido, bisabuela? Bueno, antes de que me diga nada, quisiera decirle que está usted estupenda. Ustedes los muertos se aparecen a nosotros los vivos, espero que sea verdad eso del ‘nosotros los vivos’, porque yo ya no sé, con la edad que tenía en el momento de finarla y claro, ¿qué edad tenía usted cuando cerró el kiosco, treinta y pocos? *«Treinta y dos, m’ijo.»* No me esperaba yo una voz tan grave y sedosa, bisabuela. *«Te digo como Antonio, no me llames bisabuela, llámame Camila.»* Así haré, claro que sí. Entonces, le preguntaba que si fue así de rápido como lo cuenta Antonio. *«Mucha verdá tiene lo que dice. Antonio era un hombre joven, galante, con buen gusto. Venía de la metrópoli, cosa que a una mushasha como yo la encandilaba musho. Lo que más me gustó de él es que me trataba como una señora, nunca noté en él ese tono de condescendencia con las jóvenes con que me trataban otros hombres mayores que yo. Mi sirvienta Jacinta, una negra horra que se quedó con nosotros después de que mi*

madre le vendiera su libertad, me quería como si fuese su hija. Fue ella la que me dijo, 'María Camila, ese es un buen hombre, un buen pa'tido'. Volví a comprar sombreros en contra de la opinión de mi propia madre. Unas semanas después nos casábamos de urgencia en el Convento de Santa Clara.»

¿Y qué es lo que ablandó a su madre, Camila?

«Mi bella cara, Anselmo.» ¡Venga, venga, Antonio, deje que lo cuente ella! *«Antonio era simpático, entrante, y mi madre conocía a casi todos los hombres pudientes de la ciudad y sabía que no era cliente suyo a pesar de haber perdido a su esposa unos años antes.»*

¿Cómo? Espere, ¿quiere usted decir que su madre regentaba un prostíbulo en La Habana?

«Hombre, dicho así suena fatal, pero básicamente sí, ese era el negocio que nos mantenía a ella, a mí y a las quince mujeres y dos bujarrones que trabajaban en el establecimiento.»

¿Y su padre, es decir, mi tatarabuelo?

«Esa información se la llevó mi madre a la tumba. Lo supe cuando yo finé.»

¿Y quién fue, si puedo saberlo?

«Mira, Anselmo, que esta mi señora madre te está diciendo la verdad. Aunque ese dato no lo vas a encontrar en los registros.»

Ya, padre.

«Te lo voy a decir, bisnieto. A mí me da por pensar que ni si-

quiera ella lo sabía. Tú sabes, cosas del oficio, que cuando te acuestas con diez hombres en una semana, ¿cómo vas a saber de quién te quedaste? Quizás después de muerta se enteró, en fin, da igual. Mi padre, tu tatarabuelo, se llamaba Agustín Serna y Cisneros, natural de La Habana, hijo de Don José Francisco de la Serna Vizcaíno y Doña Rosalía Cisneros Carrión.» **Ya me doy cuenta de que quieres dejarme satisfecho de datos, Camila. Esos serían señorones de la ciudad, ¿no? «No. D. Francisco era un caballero que procedía de Veracruz mientras que Dña. Rosalía era de Batabanó»** **Ya me contará usted, si quiere, cómo llegó su madre al oficio, pero menos mal que a usted no la metió en eso. «En la desamortización de Espartero, algunos conventos de la zona se convirtieron en edificios civiles, como el de San Francisco. Eso pasó cuando yo tenía trece años, solía jugar en el patio del convento. Época mala esa. Algunos clientes que me veían de refilón por el patio no paraban de molestarme. Mi madre me tenía a cuidado de Jacinta que no se separaba de mí. Cuando cumplí quince, un estudiante del Seminario de San Carlos se me atravesó y ni todo el cuidado de Jacinta pudo evitar lo inevitable. Yo ya había**

visto de todo en mi vida y, claro, sabía bien lo que hacer para gozar. Así que sí, que mi madre no me metió en eso y que yo no cobré nada por echarme a perder.» **Bueno, mujer, eso de echarse a perder...** *«Esa es expresión de Jacinta que, como lucumí que era, pensaba que una mushasha que tenía relaciones antes de casarse estaba echada a perder.»* *«Pero no estaba echá a perdé, Anselmo. La felicidad y alegría que llevó a mi vida esoh añoñ no puede compararse con ná. Cuando me di cuenta, porque de eso te dah cuenta enseguida, de qué pasta estaba hecha mi futura suegra, cogí a Camila, ¿te acuerdah?»* *«¡Claro, hombre, cómo no me voy a acordar!»* *«Y le dije: ‘Mañana voy a por ti. Que tú ahí, por mu lujosa que sea la casa, no sigueh viviendo. Y te traeh a tu Jasinta contigo. Enseguida vamoh a donde lah monjah y noh casamoh’. Yo le hacía los sombreroh al mosén que iba a dá misa a las monjitañ y, con un propio lo mandé llamá, y le expuse la urgencia del caso y miñ, no buenah, buenísimah intencioneñ para con la niña. El cura, que era cristiano viejo de Segovia, noñ casó en la capilla del mismo monasterio delante de sesenta monjitañ y el sacristán, que fueron nuestroñ testigoh.»* **Entonces tu madre no se ablandó.** *«No, Anselmo. No*

se ablandó hasta que nació tu abuelo Isaías quince años después.» **¿Quince años? ¿Qué pasó?** *«Al principio no se quedaba preñada. A los treh añoh de intentarlo, cuando ya tenía Camila veinte, tuvimos un niño que murió a los pocos meses. Luego, ya en el 51 nació Enriqueta, le pusimos así en honor a su abuela que quedó en España, en Alcalá de los Gasules pero unas desgraciadah fiebre se la llevaron con cinco añitoh. Cuando ya habíamos abandonado la esperanza de tener hijoh, Camila se quedó embarazada de tu abuelo, pero ella se me fue en el parto.»* **¡Joder, qué dura era la vida antes!** *«Entonceh apareció tu tatarabuela Felipa.»* **¿La dueña del lupanar?** *«Sí, de la casa de diversión, queda más fino. Era una señora de mediana edad que, arrepentida por haber dejado a su hija sola todoh esoh añoh pretendía volcarse en su nieto, tu abuelo Isaías. Yo le dejé acercarse con mesura. ¿Te acuerdas de ella, Isaías?»* *«No padre, no tengo recuerdos. Murió cuando yo tenía cinco años. Mis recuerdos son los que tú me avivaste después, pero no propios.»* **«¡Anselmo! ¿Cómo estás? Te hemos vuelto a poner bocabajo. ¿Me escuchas?»**

VII

¿Hola? ¿Hay alguien? ¡Joder! No escucho nada, es un silencio como lleno. Como si ni siquiera el propio concepto de sonido fuera posible. Me recuerda a aquella noche que pasé en el desierto del Sáhara, hace unos años. ¿Dónde era aquello, Ksar el Air, en Túnez? Aquella noche Clara y yo decidimos criar a un hijo juntos. ¡A mi edad! Yo tenía entonces 66 y ella aún estaba en edad de quedarse, 35. Así que lo organizamos en una clínica de éstas. No imaginaba yo que tantas madres solteras recurrieran a ese método. Claro, ¿cómo iba a pensar que a mis años y con lo que había sido mi vida, iba a acompañar a

una mujer por todo ese proceso? Le echamos ganas y paciencia porque estas cosas no salen a la primera, al menos no a Clara. Y el embarazo fue espantoso, sobre todo al principio que la pobre no paraba de vomitar y yo, que no había tenido nunca en mi vida la oportunidad de estar al lado de una embarazada, aparte de alguna que otra vecina en la distancia, pues lo pasé mal también, que no sabía bien qué hacer. Y en el 2002, ¡nació mi Lucía! ¡Qué cosita! Ya sé que no estoy ahora en condiciones de que se me salten las lágrimas ni nada, pero si tuviera cuerpo estaría llorando de emoción. ¡Qué años más lindos! Clara iba a su trabajo y yo me quedaba con ella, paseando, yendo al parque. Todo el mundo me daba la enhorabuena por mi nieta. A veces porfiaba pero llegó un momento en que me acostumbré y decidí no sacar a nadie más de su error. Que si pañales y biberones primero, que si chichones y golpes después, que si sus primeras amiguitas, la guarde, la escuela, las salidas, que eso, la verdad me ha cogido viejo y lo llevo mal. Clara me dice, ‘Anselmo, tranquilo, que tiene

que salir y divertirse y aquí los jóvenes no son como en Cuba, no están dispuestos a bailar delante de sus padres'. Aquí la juventud está muy distante de los suyos, tienen, no sé, como la necesidad de separarse. Que no es que allá no pase eso, pero menos. Claro, que eso lo hace también la falta de recursos, digo yo. Y qué jodidos los años de la pubertad, menos mal que ya empieza a madurar y deja de tener esos subidones y bajones de los trece y catorce años que me agotaban. Claro, es que estoy viejo pa esto, me decía. Tenemos la suerte de que la Clara es tranquila. Me acuerdo de los viajes que hemos hecho pa Cuba estos años, el orgullo ante mis amigos cuando les presentaba a mi mujer y mi hija. Porque allá no entramos en muchas explicaciones. ¿Pa qué? Pero claro, todos se extrañaban porque lo normal es que un gallego viejo se empate con una titi cubana, pero ¿que un vejstorio raro como yo esté con una gallega joven y hermosa como ella? Eso no lo entendía nadie. Mi amigo Lucas, me decía en un momento de intimidad: 'Pero, viejo, ¿qué coño tú le haces a ese pedazo de pivón pa que

esté a tu lao con la edad que tú tienes?’ ‘Es el amor, mi hermano’, le respondía yo. ‘Algo más que el amor debe ser eso, ¿no?’ Contestaba él y yo le dejaba decir boberías. ¡Uf! ¿Seguiré en el hospital? ¿Es posible que haya perdido del todo la consciencia y esté frito? ¿Me acordaré de esto si alguna vez salgo de aquí? Probablemente no. Espero no quedarme así pa siempre, ¡menudo infierno de soledad entonces! No te agobies, a ver, levanta las manos. No parece que tampoco tenga mucho sentido hablar de ‘mano’, ni cuerpo, ni nada de tipo espacial. ¡Por una vez lo has conseguido, cabrón, eres ‘pensamiento puro’. ¿¡No te jode!?’ Todos esto días, ¿días? Bueno, vamos a dejarlo ahí. Esas visitas de todos estos días, las de los parientes, ¡qué maravilla! Uno, que ha sido historiador toda la vida, navegando por esos legajos tan interesantes, leyendo libros, escribiendo artículos, se construye un mundo-esquema de acontecimientos históricos; que si el trienio liberal, que si el Pacto del Zanjón, que si la guerra chiquita, que si la de Independencia, que si la intervención gringa,... son como es-

quemadas que permiten ubicar y explicar el devenir de la historia, como los grandes accidentes del río del tiempo, accidentes ajenos a las gotas que lo forman. Pero las historias de la gente, no la Historia, sino las historias, son otra cosa, lo que Unamuno llamaba intrahistoria. Cuando he escuchado la historia de la bisabuela María Camila, esa chica que vive sus primeros años en un bayú, rodeada de machos hambrientos...me ha conmovido. ¿Cuándo nacería? Por mis cálculos a finales de los veinte del XIX, esos años duros donde la esclavitud hizo progresar la isla a base de sangre, azúcar y café. ¿Y su madre? ¡Menuda pieza! ¿Cómo es sentirse descendiente de una madame? ¡Ahí es nada! Siempre uno pretende sentirse orgulloso de sus antepasados, como si no fuera cierto que por la venas de uno corre una mezcla de todos los vicios y virtudes de los seres humanos. ¡Maldita sea esa pureza de sangre de la que hacen gala algunos poderosos y otros que, sin serlo, son lo suficientemente imbéciles como para pretenderlo! ¿De dónde vino la Felipa? ¿Así se llamaba la madre de Maria

Camila Serna? Creo que sí, que eso me dijeron. Una historia triste la suya, sin duda. No somos capaces de resistirnos con nuestras escasas fuerzas al discurrir de la Historia. ¿Cómo podemos juzgar a estas gentes del pasado? ¿Podemos juzgar al hijoeputa Wilson? ¿Puedo juzgar al violador cuyo acto nefando está en la cadena de acontecimientos que terminó dándome la vida? ¡Eso sí! Eso puedo juzgarlo, ¿no? Pero, ¿qué es juzgar? ¿Qué hacemos cuando juzgamos? Y, a mi, como ballena varada en la orilla del tiempo, como semihombre semihundido en la ciénaga de la nada, debatiéndome entre la existencia y el fin, ¿cómo es que se me ocurre atreverme a juzgar los comportamientos ajenos? Es muy de cristiano viejo eso de juzgar, a pesar de aquello de ‘no juzguéis y no seréis juzgados’. Es muy maniqueo eso de ubicar a las personas en las rígidas categorías de buenos y malos para poder sentirse dueños de derechos de señalamiento del otro, de acoso del otro. Así que entre el polo de juzgarlo todo, de dicotomizar la vida y las personas en los extremos de bueno y malo y

el polo del 'todo vale', la relatividad absoluta, ¿dónde me quedo? Creo que me he deslizado a terrenos resbaladizos. Estos terrenos a los que uno puede deslizarse sin problemas cuando no le duele nada. Es que esta especie de limbo, esta especie de no-lugar, de orilla extraña de un océano infinito donde esta estúpida ballena ha quedado varada, le permite a uno divagar sin tiempo ni espacio. Porque, ¿cuánto dura un pensamiento aquí? ¿Está sostenido el pensamiento, como en la conciencia ordinaria, por fenómenos biológicos, bioquímicos, que son químicos, que son físicos, que son información, en última instancia? ¿Qué sostiene el pensamiento aquí? ¿Qué sostiene el ser aquí? ¿Este ser, que como dice Clara cuando lee sus libros, 'carece de existencia verdadera', 'está meramente imputado'? Volviendo a lo de antes, a lo de mi tatarabuela Felipa, ¡pobre mujer! Por un lado pobre y por otro lado, ¡tan fuerte!, ¡tan hecha a sí misma! Según dijo su hija, nació en Matanzas en 1804, hija de un oficial del ejército y de una criolla con posibles. Por allí por donde voy descendiendo en las raíces que se

dispersan a partir del tocón, que es mi ser y que no ha dado fruto, me voy encontrando personajes que -casi siempre- me llevan a aquí, a esta España que fue y que no es. O me llevan a África, a las cálidas tierras de yorubas y lucumíes, de congas y mandingas, gentes africanas que fueron arrebatadas, arrancadas, poseídas, enfermadas, violadas, atravesadas por la estupidez, la avidez, la codicia, la maldad humana. La maldad de los blancos. La maldad de los españoles que se aprovecharon salvajemente del curso de la historia. Todas esas riquezas de bancos, instituciones, las grandes avenidas de las ciudades ricas de España están levantadas con la sangre, el sufrimiento, el dolor de millones de negros africanos. ¡Qué horror! ¿Y los indios aborígenes? ¿Y esa pobre gente que ayudó en los primeros momentos a construir las ciudades, a defenderlas de los ataques piratas, de los ingleses, holandeses, franceses que al principio sin éxito y más tarde con él se hacían con las riquezas de la isla? Porque esa historia casi no se ha contado. Ahora sí, ahora empieza a contarse a trozos. Mira que

la historia oficial ha tenido interés en quitarlos del mapa. Primero con la fuerza, luego con las enfermedades, luego son el hambre y la exclusión y por fin, negándoles incluso el derecho a la memoria, a ser recordados. Pero la Cuba de hoy también está levantada sobre la sangre y la lucha de los caribes. Todos llevamos en la sangre o en el alma, en la boca a través de sus palabras, gotas de sangre caribe. Mi ser biológico no ha dado fruto, es verdad. Pero mi Lucía, aunque no corra mi sangre por sus venas, es la única hoja de la única rama que, injertada en este tronco, que es como un cachalote torpe que no ha encontrado la salida al mar, toma el sol de la vida y le da sentido a lo que soy. ¿No? ¿Anselmo? ¡Claro que sí! ¿Qué puedo hacer por volver? No sé. ‘Y volver volver, vooolver a tus brazos otra vez, llegare hasta donde estés, yo sé perder, yo sé perder, quiero volver, volver, vooolver.’ ¿Cómo es que suena la música sin sonido? Misterios del pensamiento humano que se eleva y se hace puro y se regocija con fruición en pensarse a sí mismo, en ‘sense’, en adherirse a eso que lo autodefine.

Si logro acordarme de todo esto, lo tengo que hablar con Clara. Si logro acordarme y vencer al bicho, y salir de aquí. ¡Maldito bicho! Dice ella que existimos por apego a la existencia, que según el Buda es justamente, digámoslo así, ‘el gusto por existir’ lo que nos mantiene dando vueltas en este círculo vicioso de existencias. Creo que hay mucha verdad en eso, que no es tanto el apego por el placer o el rechazo al dolor, que también, sino que en el fondo, fondo, lo que nos tiene atados a toda esta candanga de vida y muerte es el gusto de ser. ¿Porque en qué se apoya el ser sino en el propio sentido de ser de un instante anterior? ¿En que se sostiene sino en el autoreconocimiento del ser que es un mero recuerdo, de una inmediatez eterna, del anterior reconocimiento del ser? Y si suelto eso, ¿qué queda? Si suelto la necesidad de ligarme a ese autoreconocimiento que es un recuerdo, ¿qué queda?: Este silencio rico y gozoso, no contaminado por el autoreconocimiento que es un mero recuerdo, o sea, que no es nada. ¿Oscuridad? No, no es oscuridad. ¿Soledad? No, no hay soledad.

¿Dolor? No, no hay dolor. Pero, ¿y los demás? ¿Y la gente que sufre? ¿No se puede hacer nada con eso? Por eso hay que volver. Volver y acompañar. Volver y estar a su lado, al lado de Lucía, al lado de Clara hasta que las fuerzas sean tan pocas tan pocas que ni siquiera queden para preguntarse por qué volver. Estas cosas que pienso se las debo a mi Clara, se las debo a las lecturas que ella me da, a las charlas que tenemos juntos. Quisiera ahora abrazarla, agradecerle lo que es para mi, agradecerle su simple existencia. Tendremos paciencia. Si tengo que salir de aquí, saldré. Si tengo que pasar del estado ballena/varada, cachalote/hundido, semihombre semienterrado en la ciénaga, al de humano ordinario, individuo andante, amante, sintiente, individuo emocionado y emocionable, saldré.

VIII

... los OJOS? ¿Me oye? ¿SÍ? «¿Qué pasa, Anselmito? ¿No te enteras?» ¿De qué, madre, de qué no me entero? «¡Ay, m'ijo, que estás más acá que p'allá!» ¿De qué me hablas, madre? ¿Qué pasó? ¿Y padre? «No sé dónde anda tu padre, Anselmo. No estaría de más que viniera, pero bueno. Mira, tu abuela Leonarda viene acompañada» «Buenas tarde, hijo» ¡Qué alegría volver a verla, abuela! «¿A qué no sabes quién me acompaña?» ¿Una hermana suya, abuela? No sabía nada de que tuviera una hermana pequeña. No. No puede ser, usted no pue... ¿No me diga que esta muchacha preciosa es mi bisabuela? «Esta es Paulina 'La sandunga'» «Para servirle, Ño. Una pena conocer-

lo en este estado.» ¡Paulina! No me llame señor, que si se pone así le llamo ‘vuesa merced’ y quedamos nivelaos. *«¡Qué gracia tiene usted! ¡Ja,ja,ja, ja...! ¿Pues no que me dice ‘vuesa merced, madre? Ni que fuera una dueña. Se le ve a usted mu perjudicao con toa esa tubería que lleva encima.»* ¿Ha visto? Ahora que estoy aquí tirao bocabajo les veo a ustedes con los ojos del alma. El otro día, no me pregunte cómo lo hice porque no lo sé, me desdoblé. Dejé, digamos, mi cuerpo aquí y me encontré de pronto visitando a mi Clara que la pobre lloraba como una magdalena. Pero cuénteme Paulina, ¿cómo fue su vida? *«Una mijilla arrastrá, la verdá, Toa mi vida trabajando p’al inglés y en mi caso no es un dicho, sino que fue así.»* ¿Pero usted nació en Cuba, señora madre? *«¡Nunca nadie me había llamado así! Me va’ a saca’ los colores’.»* Cuando yo era pequeño, no sé si en su época, en algunas familias todavía se acostumbraba llamar señora madre a la abuela. Y aunque parezca raro llamarle así a una joven de unos dieciocho años, le honro como bisabuela mía que es. *«¿Pues no que parece que me echa usted requiebros, Anselmo?»* *«No te preocupes,*

mamá. Es que el Anselmito es historiador y habla así con todo el mundo.» **Con todo el mundo no, Leonarda, con quien se lo merece. Perdóname que insista, ¿nació usted en Cuba?** *«No. Nací en una aldea al otro lado del charco. Una mañana iba yo andando con una calabaza grande pa la fuente. Íbamo' cuatro muchachas, yo era la más pequeñina, tenía siete años. Egba Mi O! Iranlowo! ¡Ayuda! ¡Por favor! Gritaban cuando nos acercá-bamo' a la fuente. Allí empezaron nuestras desgracias. Emi ko le da ekun duro. No paraba de llorar. Tuve la suerte de que una buena mujer me protegió durante el viaje. Se llamaba Ifé. Murió cuando llegá-bamo' a puerto. Pérdida tras pérdida, dolor tras dolor, perdí mi casa, mi familia, mi libertad, mi infancia. Me vendieron en un puerto. No sé bien cual, Santiago, quizá. Pasé de mano en mano hasta que unos meses más tarde me compró Robert Wilson, tu bisabuelo, m'ijo.»* **El Cabrón.** *«No le llame así. Usté, no. Deje eso pa los que lo sufrieron, pa su abuela Leonarda, pa su abuelo Andrés. Pa ti es Robert Wilson, natural de Ryde, en la isla de Wight, al sur de Inglaterra»* **Pero, Paulina, era un negrero, un sinvergüenza, un violador.** *«Sí. Y además era tu bisabuelo. Cuando llegué a*

Caibarién, a la hacienda de Wilson yo acababa de cumpli' los ocho años. Apenas' hablaba vuestra lengua. Era una niña triste con ojos tristes. Llegué en una partida con cuatro hombres jóvenes y una mujer de unos veintipocos años. Ellos no hablaban yoruba. Nos juntamo' en el mercado, creo que en Santiago, como te dije, pero ellos eran congo y habían venido en otro barco. Cuando llegué a la hacienda empecé a escucha' algunas esclavas que sí hablaban yoruba. En pocos meses aprendí to' lo que una niña de mi aldea tardaba en aprendé años, y mucha más cosa' que ningún niño debería aprendé. Aprendí a no llora', a no quejarme, a desaparecer en lo má'hondo de la manigua cuando las cosas se ponían feas. Aprendí a sacia' mi hambre y mi sed por mí sola, aprovechando cualquie' cosa, desperdicio, resquicio. El amo Wilson tenía cincuenta y dos años cuando llegué. Al principio le tenía má'miedo a una de las esclavas mayores que a él. Tomasa Wilson, porque allí todos éramos Wilson, era una negra conga enorme con unas manos como platos que llevaba to' el servicio de la casa. El amo había tenido ya hijos con ella, ya sabes, sin mediar iglesia ni nada. Ella llevaba la casa con mano'e hierro. Ella me lo enseñó to'. La historia de como

me quedé de Leonarda la voy a pasá por alto. Te voy a ahorrá los detalles. Desde que se enteró de que era mujé me mudó a un cuarto. ¡Un cuarto pa mí sola! Todo el mundo me miraba con una mezcla de pena y envidia a partes iguales. La Tomasa me dio un beso. Rara vez me había besao en to'esos años. Me dió un beso y me dijo: 'Pobrecita'. Tenía catorce años y se venía pa mí ca vez que quería. Dos días después de cumplí los dieciséis nació la Leonarda. El Wilson no era demonio. Yo sé que esto que digo no lo pue's comprendé. Un esu, un demonio, busca tu mal, disfruta de tu mal. Wilson no era así. Esto me lo dijo un babalao. Él me dijo que el inglés era un alaimo, un omugo, que estaba enfermo de ignorancia y brutalidad. Que había perdido el okan en el viaje a este mundo. Que era un hombre sin alma. Ma'cuerdo un día que él tenía sus fiebres. El Wilson padecía de fiebres con frecuencia y entonces deliraba y se paseaba desnudo por la hacienda. Leonarda era pequeñina, un par de añitos tendría. Cuando él venía a por mí le dejaba la niña a la Tomasa. Ese día, cuando me vio dejarle la niña me dijo: 'No te apughes', que él tenía un acento inglés mu marcao qu'el mu tonto viviendo má' año que yo en la isla todavía no había aprendío a hablá.

'Deja a la niña countigo'. Nunca me había dicho eso y empecé a tembla'. ¿Qué querrá este?, me dije. 'Go!', le dijo a la Tomasa. 'Pregpágame a coffee, pogh favogh'. Y se sentó allí, a mi lado y jugó contigo, Leonarda. Y me dijo: 'soy lo contgraghio al ghey Midas, echo a peghdegh todo lo que toco', y se echó a llorar. Lloraba como un niño pequeño. Dejé a Leonarda en el cesto del que la colgaba pa' ir a trabaja' y consolé al amo. ;Yo!, no tenía ni veinte años, consolando al amo. Allí mismo en la mesa la cocina, delante de mi chiquilla de do' año, hicimo' lo que hacen los hombre y las mujere'. Y esa fue la única vez que lo acepté. No lo disfruté, pero lo acepté. ;Como él se apoyaba mucho en mí en eso' días! Ya ves, él fue el que me puso 'la sandunga'. En la hacienda, como dije, todo' éramos Wilson, claro, pero el amo nos ponía mote'. La Tomasa era 'negra'. Cuando el amo decía ¿dónde está la negra? Todo' sabíamos a quién buscaba. Tendría yo nueve año', cuando me vio bailando en el cabildo al ritmo de tambores, llevaba menos de un año en la hacienda pero los hermanos yoruba que había por allí me trataban bien, mejó que la Tomasa. Alguna' noche me escapaba pal cabildo, cuando había tambore'. Esa noche en que el amo me vio bailando, nos dijo

¡Está buena la sandunga! ¡Cómo se mueve la chiquilla! ¡Habghá que espegghagh que estighe!' Y eso me dio el mote de mi nombre. Me quedé preñá del segundo con diecisiete. Leonarda no tenía aún los tres años. El parto vino mal y me vine pa'cá, pal lao los muertos.» **¿Volviste a ver al Wilson?** «*¿Cuándo murió?*» **Sí, claro, porque él tardó unos años en morirse, ¿no?** «*Claro. Leonarda tenía casi treinta cuando cayó el Wilson*» «*Sí, mamá, el Cabrón murió veinticuatro años después que tú.*» **¿Lo volviste a ver?** «*Si no fuera por tu insistencia, porque ere' un viejo grandote y con pinta de bonachón, no te contestaba a esto. Aquí entre nosotros' los muertos no nos gusta habla mucho de esta' cosa' que, es que duelen, ¿sabes?*» ¡Vaya que si duelen! En mis ochenta y seis años no he vivido nada tan duro como lo que usted cuenta. En esa carita de chiquilla y ese cuerpecillo alegre se encierra un dolor... «*Pero, ¿tú qué crees? ¿Que no volvería a vivir? No es que me alegre de habe' pasao' to esto, pero no m'arrepiento de vivi'.* ¡Eso no, m'ijo! Tu sabes que aquí el tiempo es distinto. Cuando el bruto del amo la diñó, no llamó a su madre, ni a su mujé ni a ninguno'e su casta. Cuando el Wilson cerró el garito me llamó a

mí. ¡Sandunga! ¡Sandunga!, me llamaba. Cuando Obbatalá me dio permiso, acudí. Él se sorprendió cuando aparecí. Estaba confuso, perdido. Le daba la mano y sentía como fuego. Le consolaba y sentía como si su' cuerpo se cortara en pedazos'. Volví con los míos y los reuní. Le' dije en mi lengua: 'Aunque este hombre ma' hecho mucho daño, esto tiene que acaba' aquí. ¿Qué puedo hace?' Los míos me dijeron: *'El viejo inglés tié que pasá una temporá con Aggayú solá'. Eso me entristeció, ¿sabe?'* ¿Aggayú solá? ¿Ese no es el orisha que vive en los volcanes? *«Ese es. Es algo ma' que eso, pero sí, así e'.»* ¿Y sigue allí? *«Nunca llegó a ir.»* ¿Y eso? *«Po' que fui yo en su lugar»* **No entiendo nada.** *«Mira, Anselmo, si yo hubiera dejao ir a Roberto, tol tiempo que él estuviera allí estaría yo pensando en su pena. Pero yendo yo, no tenía na' que pena', ¿entiende?'* Cuando llegué a la' tierra' de Aggayú solá, me señaló con su hacha de doble cabeza y me dijo *'¿qué tú hace' aquí?'* Entonces, con mucho respeto y cuidao, sin mirarle a lo' ojo' ni ná, le conté mi historia, como te la he contao a ti. Y añadí: *'Dariji fun u! ¡Perdónalo!'* Aggayú solá se enfadó mucho y empezó a echar lava por la boca, los oídos, las fauces. Empecé a cantar a Obbatalá, a

bailar su ritmo secreto. ‘¿Cómo tú sabe’ eso?’ me dijo, po’ que veía que la lava no me tocaba. No respondí y seguí bailando. Aggayú solá seguía enfadado pero ya no soltaba la lava. Entonces me propuso un trato: ‘Si eres capaz de aguantá lo que le tocaría al Wilson por el daño que te ha hecho, lo perdono’. Entonces le dije: ‘¿Encima que soy la que lo ha pasao mal con su maltrato tengo que sufrí ahora su castigo?’. ‘¿Pá qué tu has venío, niña?’ me dijo. ‘*Dariji fun u! ;Perdónalo!’.* Vamos a cerrá el círculo, Aggayú. Vamos a dejarlo esta’. Deja que se agote toa’ esta historia y miseria en mi. Entonces Obbatalá se presentó y Aggayú solá, que es el bastón de Obbatalá, se puso a su lado y esperó. Obbatalá con esa vo’ que resuena como el trueno, que asusta a los leone’, que la deja a una sin aire, dijo: ‘Ese inglés tiene mucha suerte contigo, ;SEA.’ Después de escuch’a eso me entró una alegría muy grande. Como nunca la había sentío estando viva. Y vi alejarse volando al Wilson, como una hoja que lleva el viento, mirándome entre agradecido y asustado, haciéndose pequeño y transparente, disolviéndose como el humo en la distancia.» **Qué pena que no pueda arrodillarme y besarte las manos, Paulina. ¡Qué mujer!** «¿Tú ha’ visto algún

fuego que se apague echándole petróleo? ¿Ha' visto alguna guerra que deje a lo' vencedore' con la mente tranquila? Lo' que hemos sufrío mucho tenemos do' camino. Uno lleva al fin de la historia. El otro lleva a repetirla. Ahora cuídate, m'ijo. Sé que eres buena gente. Cuídate, ponte bueno.» Paulina, bisabuela, sabia muchacha del otro lado del charco, ¡gracias! Estoy entregado, si el bicho me quiere soltar, volveré a dar guerra por la calles de mi Cádiz y si no, espérame a mí también cuando eche el cerrojo.

IX

¿Cuántos años llevo aquí? ¿Años? ¿Qué es eso de años? ¿Dónde estoy? Tengo un vago recuerdo de mi llegada. ¿Fiebre, tos seca? No huelo nada, doctora, y me cuesta respirar. ¿Hace cuánto? No soy capaz de recordar. 'Ballena/varada número 1 llamando a ballena/varada número 2. Contesta, ballena/varada número 2.' Sé que hay gente por ahí. Lo sé aunque no la vea. Como sé que tengo piernas y brazos aunque no los pueda ver ni mover y, a veces, ni sentir. Abrumado, cansado, dolorido, irritado, tenso, confuso, incómodo, incómodo a más no poder, ansioso, triste, hundido, con un peso insoportable en

todo el cuerpo, en el pecho. A veces oigo tanto, tanto, el latir del corazón que me convierto en sangre, que fluyo yo mismo por mis arterias, que me dejo llevar como Lucía en el parque acuático que se tira por un tubo y sale disparada a la piscina. Pero ella lo disfruta y yo no. Solo me dejo llevar y fluyo con el latir del corazón. ¡Bum, bum! ¡Bum, bum! ¡Bum, bum! Y me desplazo, de allá para acá, como en la marea que sube y baja, como una marea roja que avanza dando tumbos por arterias. Dentro de mí mismo. ¿Cómo decía el poeta? A ver si soy capaz de ponerlo en pié. ‘Me celebro y me canto a mí mismo. Y lo que yo diga ahora de mí, lo digo de ti, porque lo que yo tengo lo tienes tú y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también.’ De el principio siempre me acuerdo, luego decía no se qué de que ‘Tengo treinta y siete años. Mi salud es perfecta.’ Está claro que eso no va conmigo, pero el final de la estrofa lo tengo grabado, ¿cómo era? ‘Pero ahora yo ofrezco mi pecho lo mismo al bien que al mal, dejo hablar a todos sin restricción, y abro de par en par las puertas a la energía original de la naturaleza desen-

frenada'. Bueno, no sé si soy yo como Whitman, el que deja hablar a todos o simplemente sucede, pero parientes han pasado por aquí. ¡Anda, mi madre! Ahora me ha venido a la memoria lo que contó ¿ayer, hoy, antier? Paulina. Una joven diosa, una negra koré, una bella Perséfone que habita y trasciende el mundo de los muertos. ¡Mi bisabuela! ¡Eso es perdón! Un perdón visceral, un perdón sabio que nada tiene que ver con la culpa. Un perdón que ella pidió para su victimario, para su agresor. Es que las mujeres son sorprendentes, sin duda. Y de esta no puede decirse, como en otros casos, que hubiera un apego emocional. ¿Qué apego puede haber después de muerta? ¿Puede haber más lucidez en sus palabras de muchacha sabia? ¿Cómo dijo? '¿Tú ha' visto algún fuego que se apague echándole petróleo? ¿Ha' visto alguna guerra que deje a lo' vencedore' con la mente tranquila?'. ¡Joder! Dejar a los vencedores con la mente tranquila... Ahí hay mucho que pensar. Claro que así, con esas, no se hacen las revoluciones. Con esas los agresores se perpetúan y transmiten de padres a

hijos sus privilegios, ¿no? Bueno, según. Ahí tienes el ejemplo de Gandhi y de otros muchos. Lo que me asombra es que esa muchacha yoruba, esa criatura que tantos y tantos hombres verían nada más como un objeto de deseo y tantas y tantas mujeres como una competidora o como una sirvienta, esa criatura, encierre esa sabiduría y ese valor después de haber vivido una vida tan dura. ¿Quién le enseñó todo eso? ¿De dónde sacó esa fuerza, esa virtud? A veces pienso que Clara tiene razón cuando me cuenta sus cosas de la reencarnación y demás. ¡Clara! ¡Clara! ¡Clara! ¿Dónde tú estás? ¡Qué hartito estoy de esto! Ya no sé qué pensar. Sé que desesperarse en una situación como esta no añade nada bueno. ¡Madre mía, qué perdío estoy! *«¿Me llamas?»* No me había dado cuenta de que te llamaba, dije ‘madre mía’ como un decir, pero se agradece tu compañía, madre. *«Nunca había escuchao la historia de mi abuela como la escuché ayer. Cada vez que se la oigo contar veo cosa’ que ante no había visto. Con ella me hago más sabia. ¿T’has dao cuenta de que ella no tiene el filo borroso? Ella lleva mucho tiempo muerta, mu-*

cho más que yo, tendría que estar más borrosa, pero con el tiempo está cada vez más luminosa, se me está haciendo una diosa, la abuela.» Eso mismo pensaba yo hace un rato, madre. Otra cosa, me dao cuenta de que no sé nada de los parientes del abuelo Andrés. «¿De mi padre? Bueno, ya sabes, él vino de Santiago. Yo no los conocí. Él no estaba muy contento con su infancia y hablaba poco de eso. Lo poco que sé es que su padre se llamaba Lucas y era de la propia ciudad y su madre se llamaba Laura. Ella era de Palma Soriano, cerca de Santiago.» ¡Vaya! No me podía imaginar que tuviera una bisabuela de Palma Soriano. ¿Cómo era eso? ¡Espere! «¡No me digas que me vas a venir ahora con el temita de Benny Moré!» A ver, madre, no es una ofensa. Es el referente que me pasa por el coco cuando oigo hablar de Palma Soriano. ¿Cómo era? «Palma - Soriano me voy - y te dejo mañana. Palma Soriano tiene alegría, tiene mujeres que son primores igual de noche que por el día, llenan sus calles ramos de flores, cuando tu vayas allí, mi hermano, no te sorprendas si una palmera te tira un lazo y su manera te deja preso en Palma Soriano, te tira un lazo y su manera te deja preso en Palma

Soriano. Palma - Soriano me voy - y te dejo mañana...» Eso es, eso es, madre, ¡qué bien tú cantas! Pero esa no me la cantabas de chico. *«Ya eras un zangón cuando se hizo famosa, m'ijo. Ya no era época de que te cantara tu madre.»* Esas son cosas pa las que siempre debe haber tiempo, madre, pero te entiendo. Aunque nunca fui un zangón ¿eh? *«¿Qué te cantas, m'ija?»* ¡Gracias, abuelo, por venir! No sé si darle los buenos días, las buenas noches o las buenas tardes. Estoy desubicaao, no tengo tiempo ni espacio. *«No te pongas bravo, m'ijo. Está bien, me doy por saludao.»* *«Padre, aquí su hijo que me pregunta por los padres de usted, mis abuelos Lucas y Laura. Ya le he dicho de dónde eran pero poco más sé de su historia. Como usted sabe, el niño ha sido profesor y el chiquillo está empeñao en saber cosas de sus bisabuelos.»* ¡Madre, coño, que tengo ochenta y seis años! *«¡Ya estamos!»* Es que es verdad, que usted lleve muerta to'l tiempo que lleva no se lo voy a negar pero, de ahí a llamarme chiquillo... *«Vale, no cojas berro, m'ijo.»* *«Pues qué quieres que te diga si tú no sabes casi ná es porque a mí no me gusta hablá de esa gente.»* ¿Esa gente, abuelo? ¡Joder! ¿Así hablas de

tus padres? A mi no se me ocurriría hablar así de mi madre Juana, aquí presente. *«Lucas Ochoa Pardo era un hombre ya mayor cuando se casó con mi madre en segundas nupcias. Era tomador, le gustaba ir a galleras, apostar lo que no tenía. Se dedicaba al negocio del café, almacenaba, especulaba con los precios y las mercancías, hacía trampas en sus negocios cosa que a veces le venía de vuelta con palizas y problemas con la justicia. Su primera mujer, pobrecilla, se casó por poderes en España y cuando llegó aquí nunca se adaptó. Esto me lo contó una negra mayor que fue la que realmente se portó conmigo como una madre. A los pocos meses de llegar a Santiago la gallega, cuando todavía mi padre era un hombre joven, se le murió la mujer. Quizá eso le agrió el carácter o yo que sé si venía ya agriado de útero materno. Con cuarenta y tres años se casó con mi madre, Laura, recién cumplidos los diecinueve. Ella había nacido en una finca cafetera en Palma Soriano.»* **Eso me dijo mi madre.** *«Un hacendado importante, de los que comerciaban con mi padre, había tenido a Laura, una hija ilegítima que le complicaba la vida y se la quiso quitar de en medio en cuanto encontró un tipo sin escrúpulos.»* **¿Sin escrúpulos? No en-**

tiendo. *«Mi madre padecía vitiligo. No era nada grave. Empezó a desarrollarse cuando se hizo mujer. El médico le dijo a sus padres una y otra vez que no se preocuparan, que no era contagioso, que para que no se notara debía evitar el sol porque las partes de la piel que se ponía morena acentuaba la apariencia de la enfermedad. Que no tenía cura ni tratamiento, pero que no era preocupante. Pero para su padre era como una maldición. Por eso dije lo de un hombre sin escrúpulos. Ella nunca fue una mujer alegre y solo me tuvo a mí. Ella me quería a su modo, pero no fue lo que se pueda decir una madre. Me dio la vida y ya. Yo estaba harto de las empapaderas de mi padre, todo el día ajumao, que era mejor que sobrio porque, al menos, podía escapar de sus palizas y decidí largarme de casa. No fue necesario, semanas después de haber tomado la decisión una fiebre se los llevó a los dos en el plazo de unos días. Yo, como había decidido largarme ni esperé al cura que en el funeral me dijo que se iba a hacer cargo de mí porque yo no tenía más familia. Cuando los fiambres estaban aún calientes bajo tierra me largué. Siendo un chiquillo, con una mano delante y otra detrás, me fui pa'l agro.»* **Y entonces sería el año...** *«1894. Desde ese año hasta que llegué a la*

*hacienda del Wilson pasaron tres largos, muy duros, felices a veces, años. Primero me junté con gente de los cafetales. Pero me di cuenta enseguida que era muy fácil que les llegaran noticias de mi huida de Santiago. Así que andando las más de las veces, en carro cuando se apiadaba algún guajiro de mí, haciendo faenillas y cosas así me fui pa'l norte. En Holguín estuve viviendo más de un año con el Negro Eó. Cuando él me encontró yo estaba desfallecido. No me dijo ná. Casi no me podía mover. Él me cogió con sus fuertes brazos como no recordaba en la vida que me hubiera cogido mi propio padre y me llevó en su carro a su bohío a las afueras de Holguín. ¿Conoces Holguín?» **Sí, ¡cómo no! He estado allí varias veces, sobre todo en Guardalavaca.** «Entonces sabes de lo que te hablo, allí, camino a Gibara, a pocas millas de la ciudad de Holguín, aprendí el oficio de cestería. Y allí me uní en agosto del 97 a la guerra. Tenía mucha inconsciencia y dieciocho años. El Negro Eó que era un buen hombre, estaba solo y me había acogido como a un hijo. Me dijo: ‘Cuídate, André, estas son cosas de dueños y españoles. Ellos dicen que quieren acabar con la esclavitud y to' eso. Pero ¿y después? ¿Nos van a mandá a tós otra vez pa Africa? ¿O nos van*

a dejá morí de hambre como comemie'da? Tú haz lo que quiera', tú sí que eres libre ahora. Por lo menos has aprendió a hacé cesto. Eso te lo lleva.' Participé en escaramuzas y ataques al ejército español hasta agosto del 98. No tuve la suerte de pelear contra el gringo. Aquello fue un desastre pa Cuba y pa España. Los únicos que ganaron fueron los gringos. Me desmovilizaron a la altura de Santa Clara y buscando de comé en una hacienda es como conocí a la Leonarda.» «Así es. Así nos conocimos.» No saben el bien que me hace su compañía, es un gusto oír su vida y sus historias por ustedes mismos. «*Sí lo sabemos, Anselmito. Recuerda que somos tus muertos.*» Claro, mamá, claro. No lo olvido. Muchas gracias. ¡Vuelvan cuando puedan! Ya hablaremos de la guerra otra vez. No estoy muy de acuerdo con usted, abuelo, de que aquello fuera un desastre pa Cuba. ¿Abuelo? Se ha ido. Claro, para él, para su vida, cambiar el dominio de las altas esferas del poder blanco español, colonial español, por el de los gringos, no fue gran cosa. Pero fue el inicio de Cuba independiente. No sé muy bien a lo que se refería el abuelo. Así, a corto plazo, desde luego que lleva toda la

razón. Para los que lucharon fue una frustración enorme ver a los yanquis imponiendo condiciones en Cuba, como la famosa Enmienda Platt que convirtió a Cuba en casi un protectorado. Desde luego, no sé cómo lo vivió el abuelo, pero comprendo que alguien que va a la guerra por la independencia se sienta frustrado con eso. Ahora, con el tema de la crisis y los hombres de negro de la UE, la gente no se da cuenta de lo que se parece a lo que pasó en Cuba después de la guerra -salvando las distancia, claro- porque si no recuerdo mal, en la dicha enmienda se decía algo así como: ‘...dicho Gobierno no asumirá o contraerá ninguna deuda pública para el pago de cuyos intereses y amortización definitiva después de cubiertos los gastos corrientes del Gobierno, resulten inadecuados los ingresos ordinarios.’ ¿Y qué es eso sino lo que le pasó a Grecia, lo que quisieron hacer con España y Portugal? Que parece que la historia, como el oleaje que vuelve una y otra vez a la playa, trae la misma espuma. Estoy desvariando. La ballena/varada número 1 está desvariando. ¡Qué jartura, cojones!

X

Ahora me acuerdo de la película esa de Bob Fosse y aquel apoteósico final de 'Bye, bye, life! Bye, bye, hapinness! Hello, loneliness! I think I'm gona die!'. Me impactó. Había muerto la vieja pocos meses antes, estaba sensible con esos temas y claro, me impactó. Ya era todo un señor profesor de universidad. Me dio mucha vergüenza cuando a la salida del cine vi a algunas alumnas y alumnos que notaron que había estado llorando. A ver, que yo ya llevaba lo mío. Ser maricón en los ochenta en Cuba no estaba precisamente bien visto. De mí podían decir que no me empataba, eso sí, pero ni pluma ni gallitos. Por

eso siempre he preferido las amistades femeninas aunque rápidamente dejaba claras las cosas que después de lo de Marcela no quería hacerle daño a nadie más. Cuando la vieja se me murió me quedé como hombre sin sombra, solitario, extrañado, menos mal que los vecinos eran muy buena gente y me animaron. Pero las noches son las noches y la vieja era muy buena conmigo. ¿Pero tú a quién le estás contando esto, vamos a ver? Es una manera de matar el aburrimiento. También me acuerdo de aquello de la Kübler-Ross, un libro que me dejaron más o menos por aquella época. ¡Vaya temita que te sacas pa como estás, Anselmo! Lo leí en inglés, que ya en esa época chapurreaba inglés. Tenía un conocido, esto no se debe decir, pero como no me está escuchando nadie, pues lo digo, que se llamaba Martín. Este Martín había estudiado ruso, como yo, en Moscú. Era algo más joven, entre cinco y diez años menos o así, el caso es que el tío era agente doble. Él me enseñó inglés. La primera vez que hablamos del tema estábamos tomando ron. Martín, como buen espía, tenía unas tragaderas

considerables. A mí nunca me ha gustado emboracharme. Bebo, pero cuando tengo tono, paro. Él, dale que dale. Pensaba que me tenía cogido por las pelotas, que yo era maricón y que con eso podía jugar. Porque Martín era guapo. Un mulato con una espalda grande, musculoso y con un carácter alegre y cautivador. Cuando me fue a echar el lazo yo, que era ingenuo del todo en estos temas pero que a mis cuarenta y pico ya sabía lo que tenía que hacer, le conté lo de mi operación en Rusia. ¡El hijoeputa lo sabía! Pero lo que no venía en el informe que le habían pasado del Minint, o a lo mejor sí pero él no supo interpretarlo, es que me había afectado el tumor al deseo sexual. Vamos, que era un hetero no-ejerciente, que diría mi Clara. Entonces se relajó. No sé que mierda de extraño acontecimiento mental pasó por su cabeza que empezó a largar lo que no debía. Estábamos solos en mi casa, cosa que no me gustaba porque siempre quería mantener mi fama bien limpia pa aquellos tiempos. Y empezó a contarme las cosas que le encargaban los rusos por un lado, las que le encargaban en La

Habana por otro, el jueguito peligroso de idas y venidas a USA vía Méjico. Yo estaba acojonao, ¿por dónde me va a salir este ahora? Pa quitármelo de encima y guardar las apariencias metí a medio vecindario en mi casa esa noche. Que si voy a por hielo, que si me traigo unas limas, o limones o que sé yo. Invité a vecinos y vecinas a ver si se olvidaba la cosa. Y funcionó. Cuatro días. Al quinto ya tenía a Martín llamando a la puerta. Le dije: ‘muchacho, tú aquí no haces ná. Tú me vas a buscar la ruina viniendo solo a mi casa, ¿es que no entiendes?’. ‘No te preocupes, me dijo, voy a dar unas clases de inglés para estudiantes y profesores en la facultad. ¿Tú me entiendes?, pa reclutar. Vé pa allá, vamos, que verás cómo te dicen que es un mandato del partido. Vé pa allá, nos hace falta gente como tú. In-co-rrup-ti-ble tanto en las convicciones revolucionarias como en la carne y otras cosas’. Me acojoné. Si no me hubiera dao miedo le habría mandao p’al carajo. Menos mal que sus jefes me vieron algo mayor pa eso y torpe con la memoria. ¿Qué saqué de aquello? Aprendí a leer y malhablar

inglés. ¿A qué venía esto? ¡Ah! Al libro de la Kübler-Ross y los cinco estadios que un moribundo experimenta respecto a su muerte: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Está claro que yo estoy entre la primera y la segunda, ¿no? ¿O entre la segunda y la tercera? Yo que sé. A ver, voy a repasar los muertos que han venido a verme: mis viejos, claro, las abuelas Mariela y Leonarda, los abuelos Isaías y Andrés. Menuda broma me gastó el abuelo Isaías. De los ocho bisabuelos han estado Paulina, «la santa» le voy a llamar, del Wilson, mejor no hablamos porque está todo dicho. María Camila y Antonio Martínez estuvieron aquí con el abuelo Isaías. De Laura y Lucas, los padres del abuelo Andrés, habló él mismo. Luego también contaron cosas de los de Alcalá de los Gazules, de Sevilla,... Se me ha ido la cuenta. Tengo ascendientes en África, en Europa, en el continente, claro, me refiero al de Veracruz. ¿Habrà algún taíno o siboney por allá lejos entre mis tatatata-rabuelos? Como todo mi trabajo académico lo enfoqué en el siglo XVIII, pues ya no quedaban muchos por esa

época, claro. Ahora los jóvenes vienen revisando eso de unos años para acá, hay más trabajos hechos, se sabe más. Sería interesante. Cuando salga de esta... ¡No te hagas muchos planes, muchacho! *«Turakibü pa servirle. Aquí yo vivía de antiguo sí. Antes que vinieran vivía yo. Pájaros y plantas cogía yo, sí. Iba de aquí para allá y dijeron que gustan mucho las plumas y cogía pájaros. Los pájaros buenos con flechas bajaba yo. Entonces pedía flechas y la gente reía. Vino Yumakü así y trajo flechas él y peleamos sí. Entonces me vine al poblado y allí me dieron ropa y el cura me dio cosas pa que me tapara. En el poblado vi a Misuya. Era niña ella casi, me hizo la chicha y le dí plumas. Nosotros ponemos chicha si sale sale la luna en la montaña cerca del poblado. Lo humean con leña especial esta la humean mucho candela ponen como la ponen así como esto. Así cuando solo humo sale ella se sienta tapada con esta cobija se sienta y ya en la tarde sale y se destapa la cara y sale ya no es niña y se bebe la chicha. Ella entonces con la chicha ya no es niña. Entonces en poblado vino el cura. Misuya le da chicha al cura. El cura la escupe, tira la chicha. Entonces cogí a Misuya y volví al monte y la manigua me escon-*

dió.» ¿Turakibü, así se llama? «Sí pa servirle.»
¿De dónde viene? «Los muertos la luna la noche
el lado frío, ¿sí?» Ya. ¿Le ha llamado alguien?
«Me llamó el pequeño. Allá tiene hijo el tigre con
ellos allá está mi mujer y hermano mayor es así de-
cían es así padre por eso pero ya no volvieron.»
Discúlpeme Tura, no le entiendo bien, soy
viejo y estoy enfermo. ¿Cómo se llama su
hijo? *«Muchos nombres tiene se llama Kunana,*
Kunana Bairén, cura nombró Francisco Bairén.
Él tiene tigre y serpiente es valiente. Misuya lo cui-
dó. Yumakü volvió al poblado. Herido, sí. La fle-
cha lo mató. Yumakü pasó al lado frío. Yo fui con
él hermano mayor y yo fuimos al lado frío. Mu-
chas lunas después mi mujer también pasó. Kuna-
na está aquí y quiere hablar» Gracias Turakibü,
gracias por venir. Kunana, bienvenido. Aquí
ve a su pariente, esta ballena varada, ya más
cerca del lado frío, como dice su padre. *«No es*
necesario que vuesa merced se apure para tal me-
nester. Déle tiempo al tiempo.» En eso estamos,
¿es usted joven, no? Bueno, disculpe, quería
decir... *«No se apure Anselmo, permítame que le*
llame, que entiendo su pregunta. Finé a los veinti-
cinco años, en efecto, y de esta guisa quedé tras dejar

detrás de mí a la niña de mis ojos con siete añitos. Es cierto que según me han declarado otros parientes suyos que esa hija mía, que posiblemente tenga la amabilidad de mostrarse a usted mi querido descendiente, de nombre Francisca Bairén, como yo, pero cambiando, como la prudencia y la costumbre indican, el género del nombre, esa hija mía, decía, es bisabuela de Doña Rafaela Pardo Meneses, natural de La Habana y madre, a su vez de Lucas Ochoa, padre de Andrés Ochoa. De esta forma y a través de la savia del árbol de sus antepasado vengo a decirle a vuesa merced que por sus venas corre, como poco, una entre 256 partes de sangre caribe.»

Lo sabía. Algo me barruntaba. Pero dígame Francisco, ¿quién le enseñó a hablar de manera tan correcta el castellano? Su padre no, desde luego. «¡Calle, calle, que me hace reír pues la graciosa forma de hablar de vuesa merced y el gracejo con el que amablemente se dirige a mi humilde persona me eleva el ánimo de forma y manera que no quepo en mí de gozo y es esa exaltación la que me lleva a la risa.» ¡Madre mía, menos mal que le lleva a la risa! «¿Qué pasa hijo? ¿Otra vez me llamas?» ¡Ay, disculpe madre! Estaba hablando con este joven y, ya sabe, a mí me

gusta decir madre mía a cada momento y le llamo sin darme cuenta. Pero, mire, es D. Francisco Bairén un antepasado nuestro. *«Algunas vez me ha parecido verlo en una de esas rondas...No sé. ¡Hay tanto muerto por aquí!»* «En su acogida, señora Juana. Estuve en su recepción junto con su padre, su abuelo Lucas, su bisabuela Rafaela, el padre de esta, D. Alonso, y su madre que fue mi hija, Doña Francisca Bairén.» Pero no me ha contestado usted a la pregunta de cómo aprendió el castellano. *«Pues como lo aprenden todas las criaturas. Debe usted saber que mi padre Turakibü, no digo que en gloria esté porque es notorio que aún no lo ha conseguido, no hablaba casi español pero tenía un don de lenguas, o como señalan los muertos recientes, tenía inteligencia lingüística, porque en apenas unos pocos encuentros con los venidos de las españas supo hacerse entender con cierta facilidad aunque sin el refinamiento propio del que aprende la lengua con la leche materna. En mi caso, mi querida madre Misuya ya hablaba algo mejor la lengua de Cervantes pues ella nació allí mismo en el poblado o reducción como en esos momentos se decía. Aunque he de decir sin temor a equivocarme que fue sin duda mi dedi-*

cación como mancebo de casa desde muy pequeño la causa principal de mi soltura en la expresión. Aunque no tenía carta de esclavitud, mi relación con D. Ramiro Rancaño y Salazar, cura beneficiado de la iglesia parroquial, que ejercía el prebostazgo del poblado por orden de Nuestro Señor el gobernador de la isla, estaba cercana a la de siervo de la gleba. Este D. Francisco era hombre muy dado al buen vivir que siempre que acudía a algunas de las pocas nobles casas del poblado y haciendas de alrededores, vestía sobrepelliz y estola con su bonete. Y otrosí que bebía ricos caldos traídos de su tierra, que según me dijo, pues mi estado de sirviente y mancebo de D. Francisco vino a durar desde los siete hasta mi fallecimiento, procedía de Navarra, concretamente de Estella donde conservó casa. Era un hombre más dado a sí mismo que a su oficio. Aunque a mí no me trataba mal, dejaba bastante que desear como padre de la Iglesia. De él aprendí a hablar con claridad y distinción, a leer y escribir, de forma que cuando ya contaba doce años acompañábale en su tarea, encomendada por el señor obispo de Santiago que dijo en sínodo algo así como: ‘cada año empadronen los fieles de su doctrina, y los que viven en el campo, por lo ménos cuatro

leguas en contorno, con toda claridad y distinción, poniendo las personas principales que viven en las casas, sus hijos, sus esclavos y demás sirvientes, edades y estado, para reconocer el número de ellos; y al tiempo de ir á comulgar y confesar á las parroquiales, les dén cédulas ó sellos, como se acostumbra, y fecho se traigan ante Nos, pasados ocho ó diez días del domingo de cuaresma: y los curas de los lugares más distantes dentro de un mes; y los del territorio de Cuba, dentro de dos meses'. De esta guisa mezclaba el buen señor lo divino y lo humano, como suele hacerse a ambos lados del charco, que por lo poco de lo que puedo tener noticia ya en este lado oscuro, pareciera que las cosas siguen haciéndose así.»

Razón no le falta, pariente. Discúlpeme, se me hace raro, como me pasaba con mi otra pariente joven, Paulina 'La Santa', hablarle de usted pero el respeto por su edad histórica me lo exige. La verdad es que estoy admirado de lo muy bien y muy fino que ensarta, Francisco, un concepto con otro y de la lucidez que se trae. Creo que el cura D. Ramiro hizo sus deberes con usted extraordinariamente. ¿Lo hizo a la antigua con aquel terrible refrán 'la letra con sangre entra' tan antiguo

que ya se citaba en el Quijote y que digo yo, podría formar parte de cualquier antología de citas clásicas? *«No digo que no, señor Anselmo. Pero no era D. Ramiro muy dado a la vara y el despeine que conlleva el castigo físico. Él era más aficionado a ahorrar en comida que a zurrar culos. En mis años más traviesos las cenas escaseaban como consecuencia de mi mal comportamiento.»* Pero no hablemos más de D. Ramiro, Francisco, ¿podría usted contarme cómo fue entonces su vida y cómo es que vino a tener mujer e hijos? *«Cuando mi señor padre falleció apenas contaba yo con dos años. Todo lo que sé de él me lo contó mi madre. Luego, cuando me encontré con él al otro lado, ya hablamos mucho, sobre todo cosas de muertos que no es el caso contarlas aquí. Mi madre entró a servir en la casa del cura antes de que llegara D. Ramiro, el anterior falleció justo poco antes de yo cumplir los cinco. Me quedé solo en el mundo a la edad de trece años, que en aquella época y lugar era fácil morir de fiebres. Después de estar diez años con mi amo y siendo como era él muy amigo de la Ley, porque eso sí, para D. Ramiro el cumplimiento de las leyes de Su Majestad solo tenía por encima los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, eso*

cuando no sufría su bolsillo. Pues eso, que diez años después de estar a su servicio me propuso cobrar salario. A los veinte, con mis emolumentos pedí permiso para ir a residir a Batabanó pues en uno de los viajes con el mosén por esa villa conocí a una moza que me pidió promesa de volver y ella, a su vez, me la dio de esperarme. Hacía falta a la sazón en Batabanó de un escribano, que ninguno tenía la villa en ese momento. El cura, muy a su pesar, pero firme en el cumplimiento de sus obligaciones escribió una carta presentándome al regidor de la ciudad y recomendándome como habilitoso, leal y buen conocedor del oficio. La tal moza, Antonia López Guanabó era hija de un bodeguero andaluz y una indígena como yo. Para rendir homenaje a la verdad y a mi señora esposa, no había muchacha más linda en todo el Surgidero de Batanabó. Mi suegro además la había guardado como la niña de sus ojos y estuvo pero que bien contento y conforme de casarla conmigo. De dote le entregué todos mis salarios salvados y anduve además trabajando para él después de mi jornada en la escribanía hasta mi accidente.» **¿Accidente?**
«Cuando nació la pequeña Francisca todo fue alegría y felicidad para ellos y para nosotros y todo

hubiera ido bien en nuestras vidas si no fuera por el desgraciado accidente que tuve en el Surgidero. Pues una mañana, consignando la entrada y salida de mercancías, confié estúpidamente en el polipasto del puerto y tuve la mala fortuna de recibir el 'bautizo' de treinta barriletes de vino sobre mi cabeza y quedé destrozado, dejando a mi Francisquita huérfana con siete años.»

XI

He perdido la cuenta totalmente. El tiempo se ha detenido y lo peor, lo ha hecho en un mal lugar, lleno de tubos, de dolor, de ansiedad y no es que no vea la luz al final del túnel como les gusta decir ahora a los periodistas, es que no veo un carajo. ¡Ah, los periodistas! Que no digo yo que no haya buenos profesionales pero a esa profesión le pasa como a los antiguos psiquiátricos ‘Ni están todos los que son ni son todos los que están’. ¿Qué te parece, muchacho, el parlamento del antepasado de ayer? ¡Lo que me ha dado de reflexión la historia de Francisco Barién ‘el escribano’! Muchas de estas historias que

permanecen ocultas o semiescondidas en los archivos y registros, los que quedan, los que no se han comido los hongos, gusanos, insectos y ratas, lo que no han sido devorados por la desidia o la estupidez humanas, no han sido bien interpretadas en ocasiones porque si el archivo no usa las palabras 'indio', 'siboney', 'taino', 'negro' o cualquier otro calificativo que designe la apariencia física, el fenotipo, vamos, no se llega a destilar e interpretar bien el alcance del hallazgo. Y es que, en contra de lo que pudiera parecer, la distinción racial expresa no es cosa temprana en los registros de la cuba española del XVII. Una reinterpretación que supone una relectura de la historia que ya están haciendo los colegas jóvenes de un lado y otro del charco pero que, desde mi triste posición de ballena/varada nº 1, lo estoy viviendo en vivo y en directo. ¡Ay, si mi Clara pudiera ver todo esto que veo! ¡Cómo las echo de menos a las dos, cojones! Tengo que sacar fuerzas para verlas de nuevo. La verdad es que por mi no va a quedar, pero ¡coño! la gente no se muere por dejadez, que a mí toda esa candanga de la

épica de la enfermedad y de ‘es que ha dejado de luchar’ y toda esa mierda parece como si es que la gente pudiera decidir estar viva y ya. Que por mí no va a quedar, pero ese ‘mí’, ¿qué coño es? ¿Este cuerpo viejo y cansado varado en la cama de la UCI o esta mente que alucina, habla consigo misma y anhela volver con su gente? O, ¿las dos cosas? O, ¿ninguna de las dos? O, ¿solo hay una cosa? ¿Solo hay un cuerpo que piensa? ¿‘Soy’ cuerpo o ‘estoy’ en un cuerpo? ¡Cojones, no estoy ahora pa filosofías! Pero por mí, lo que quiera que signifique ‘mí’, no va a quedar. *«Eso es señor, diga usted que sí. Que aquí lo queremos ver, pero que sea mientras más tarde mejor. Que a la vista de todos con los que he hablado es usted, retón nuestro, un hombre discreto y de buen hacer que merece como pocos una larga vida y una buena memoria en lo sucesivo. Nos llegan, Anselmo, ciertas noticias de que su amada Clara y la pequeña Lucía, que lo es de sus ojos, se hallan bien y bien guardadas. Que las mujeres del siglo que corre saben, ¡oh maravillas!, guardarse bien por sí solas sin necesidad de brazo varonil que las proteja. ¡Pero, váleme Dios qué digo! No piense, Anselmo,*

que lo digo para quitarle el anhelo de salir de su postración que, antes al contrario, es mi mayor deseo verle ufano y despierto después de tanta postración y tragedia.» ¿Quién me habla? «*Doña Francisca Bairén para servirle a Dios y a usted.»* ¡Qué alegría me da usted, Francisca! ¡Perdone, le apeé el 'doña'! ¿Me permite? «*¡Cómo no, Anselmo, cómo no! Ya se lo negué yo antes también sin darme cuenta. ¡Ja, ja, ja, ja...! No nos vamos a andar con mucho tiento en estas desgraciadas circunstancias.»* ¿Cómo quedó usted, tan pequeña, después de la muerte de su padre Francisco? Imagino que le habrá hablado de que estuvo ayer aquí conmigo. Me contó brevemente los veinticinco años que pasó en este valle de lágrimas del que todos se quejan y del que casi nadie quiere marchar y que usted era pequeña cuando se marchó. «*Así es, Anselmo.»* ¿Y cómo se la aviaron ustedes después del fallecimiento de su padre? «*Nos quedamos con mis abuelos, ¿qué iba a hacer una joven de veinte años con una niña sola? Mi madre dio con la imaginación en tan profunda melancolía que durante unos meses perdió el seso. Aunque con los cuidados y yerbas de mi abuela fue mejorando*

poco a poco, nunca volvió a ser la moza risueña que mis abuelos me contaron que era y al cabo de tres años, cogió unas cuartanas que terminaron con su sufrimiento.» **¡Pobre Antonia! ¡Cuánto dolor en las vidas de mis antepasados!** *«Mi madre, la Antonia, tuvo una buena vida la mayor parte de su vida. Mucho mejor de lo que tenían los comunes de Batabanó. Se está haciendo usted una idea quizás exagerada de lo duro de la vida, Anselmo. En nuestras vidas también había momentos de risas, de canto y baile. Yo, que ya me ve, estoy bastante borrosa ya porque soy una mujer normal y corriente, fui un quebradero de cabeza para mis abuelos, Todo lo que tuvo mi madre en sus últimos años de tristeza y desconsuelo, pareciera que yo quise compensarlo o no se qué, cuando entré, pocos años después, en mi primera juventud. Cuando cumplí los quince, mi abuelo Ramón ya era casi un anciano. La bodega la regentaba con mucho éxito mi abuela Yuuya, Ana para los demás, pero ella me decía que entre nosotros quería conservar, al menos, su nombre. Era entregada, incansable y muy callada. Mi abuelo decía que cuando llegó de España lo primero que vio es que no había casi mujeres de allá. Los barcos, que en aquellos años no*

eran abundantes, venían cargados de hombres jóvenes o de mediana edad pero muy raramente venían mozas. Mala situación esta para las aborígenes de aquí, como puede imaginarse. También hay que decir, en honor a la verdad, que así como los indios enseguida que empezaron a comprender que no tenían forma de deshacerse del demonio blanco, decidieron, al menos y para conservar la vida o incluso medrar, unirse a los españoles como soldados e intérpretes, muchas de las indias hicieron lo propio en su condición de mujer que era la de dar placer, cuidar y dar hijos.» **¡Qué crudo lo cuenta, Francisca!** *«Tiene usted razón, Anselmo, que esto que digo está poco cocinado. Pero es que una lleva muerta ya casi trescientos años, ya le digo, borrosa que estoy, casi soy sombra de mi sombra.»* Y su abuela Ana, o Yuuya, como ella quería llamarse, ¿cómo bregó con su juventud?, la de usted, Francisca, claro. *«Como mis abuelos se llevaban algunos años, que él era catorce años mayor que ella, mi abuela Yuuya estaba bien para hacerse cargo del negocio. Me puso de sombra a una esclava que compró a un vecino que me acompañaba a todas partes. Ella informaba a mi abuela de mis correrías hasta el punto en que tuvo, la pobre,*

que encerrarme varias veces.» **¿Correrías? ¿Pero adónde usted iba?** *«Las más de las veces al puerto del Surgidero, otras, al mar. A veces, como iba acompañada me atrevía a hacer cosas que sola no hubiera ni imaginado. Aunque vestía como una damita cuando salía de casa, sabía como llevarme ropa común que me cambiaba en la manigua. Conseguía entonces acercarme al manglar que era cosa digna de verse aunque no opinaran así los demás que huían de él como tierra mala y cenagosa. Pero a mí me gustaba ver la abundancia de la naturaleza y el conocimiento que algunas gentes del lugar tenía de plantas y animales. No hacía nada malo que pudieran echarme en cara, más allá de no ser común y aceptable ese tipo de comportamiento en una muchacha que, si de un varoncito se hubiera tratado, bien que elogiarían mi valentía cuando no mi curiosidad.»* **Y se hizo mujer y se casó.** *«¡Bueno! La cosa no fue fácil. Vamos que no se puede resumir en una frase como usted ha dicho, Anselmo. Cuando conocí a mi futuro marido, Fernando, yo ya tenía ciertos, digamos, conocimientos de la condición humana, usted me entiende.»* **Que no era virgen, ¿no?** *«Eso. Acostumbraba a salir de la bodega sin esclava ni compañía desde los vein-*

te en adelante, ya mi abuela no lograba controlarme y la verdad es que yo tampoco me controlaba mucho. Fernando tenía un negocio próspero en Batabanó, el único que vendía yerbas y remedios de todo tipo. Muchos los hacía traer en barco y otros los compraba a indios y negros que los traían de la manigua. Así nos conocimos. En una de mis salidas a los poblados pegados a los manglares él me tomó por una de ellos. Cuando más tarde me vio del brazo de mi madre en Batabanó, como toda una señorita de la incipiente villa, me saludó con una inclinación de cabeza y una mirada cómplice que empezó a ejercer en mi persona lo que predispone a emparejarse.» **¿Fernando era farmacéutico, quizás?** *«¡Qué va! Él regentaba ese negocio porque lo heredó de su padre, sin más conocimientos que la práctica, aunque al menos sabía leer y escribir. Cosa muy útil en un puerto como lo contó mi padre. Eran ya otros tiempos la villa estaba oficialmente constituida como municipio, con casi mil almas desde el 88. Se empezó a construir un camino entre la villa y el puerto que anteriormente no era fácilmente accesible, pues del pueblo a la Habana hacía mucho que se podía viajar con relativa facilidad.»* **Está usted hablando del año mil**

seiscientos noventa y ... *«No, no, ya era el siguiente siglo. Yo me casé con mi Fernando en 1720, año que fue agridulce en mi vida pues por desgracia mi abuelita Yuuya se me fue también. Cinco años antes se fue mi abuelo Ramón. Total, que Fernando y yo decidimos unir esfuerzos y trasladar a la bodega de mis abuelos su negocio. Todo el mundo conocía la bodega como 'Lo de Ramón' aunque mi abuela hubiera regentado el negocio los últimos años ella sola y así siguieron llamándola sin que nosotros hiciéramos nada por evitarlo.»* **No me ha dicho el nombre completo de su marido Fernando.** *«Fernando Pardo del Río»* **¿Sabe usted si su familia venía de España?** *«¡Qué va! Hasta donde yo sé no. Además, muy moreno era mi Fernando para ser de España. Pero sus padres eran conocidos por mi abuela como del Surgidero de siempre. Era bueno, amable y muy cariñoso con mis hijos.»* **¿Tuvieron muchos?** *«Tuvinos cinco, sí. Tres se me murieron de pequeños. Sobrevivió Ángeles Francisca, la mayor y Javier, el cuarto. Ángeles se me marchó a Guanabacoa con su marido y Javier se quedó con nosotros. Sufrí mucho cuando marchó mi Ángeles.»* **Las madres suelen sufrir más que los padres cuando se marchan**

sus hijos. *«Así es pero es que el matrimonio de mi hija yo sabía que no iba a ir bien y así fue por desgracia.»* **¿Y por qué la dejó ir entonces?** *«Cuando apareció D. Julián Díaz de la Reina por Batabanó le dije a mi Fernando que no me gustaba ese tipo. Arrogante, presuntuoso, dejándonos en mal lugar y encima amigo de los ingleses. ¿Habrás visto? Claro, aunque estábamos formalmente en paz, ya se puede imaginar después de los cientos de ataques, bloqueos y hundimientos de barcos, que ese señor empirongotado se pusiera a hablar bien de esa gente. Ya era un hombre de mediana edad y vino a vaya usted a saber qué, que nos enteramos más tarde cuando la desgracia se cebó en mi hija.»*

¡Cuenta, cuenta! ¿Sabe usted? Esta es una época a la que he dedicado mucho tiempo de estudio en mi vida. *«Algo he oído de que usted es historiador. ¡Yo que pensaba que le podía estar aburriendo con mis cosas!»* **Al contrario, siga, siga.** *«Pues me interesa más saber a qué conclusión ha llegado usted después de tanto estudiar el pasado.»*

¿Lo dejamos eso para más adelante? Me gustaría saber cuál fue esa desgracia a la que usted se refiere. *«Usted sabe, Anselmo m'ijo, que las cosas se cuentan según el lado que le toca a una. Yo*

te contaré mi versión y si mi Ángeles apareciera, que te cuente la suya.» Eso está claro. «Corría el año 1748 cuando llegó este señor a la villa. Gastaba como un marqués, regalando los ojos y oídos de los parroquianos así como algún que otro bolsillo. Enseguida se le abrieron las puertas de todas las buenas casas y establecimientos de Batabanó. Se encaprichó de Ángeles que en aquel momento estaba en sazón, en sus mejores años. Ella se encandiló del poderío de Julián, que no lo quiero ver ni después de muerto. Él, que luego supimos quería aparentar normalidad en su vida y necesitaba una esposa para ello, era rumbo a más no poder con ella y con más rapidez de lo que aconsejan estas cosas, nos pidió su mano. ¿Cómo íbamos a negarnos nosotros? Del todo era evidente que por lo económico era un buen partido. El cura, que nosotros no éramos muy devotos pero en esa época el cura era un referente en la villa, nos dijo que podíamos tener total confianza en D. Julián que era un buen hombre y mejor cristiano. Ángeles se casó en mayo de 1849 que más no fuimos capaces de alargar la boda. Dos días después de su enlace marchó para la casa de Julián en Guanabacoa y no la volví a ver hasta que volvió con su hijo en el 65. Ni siquiera vino al

entierro de su padre.» Entonces a ella le cogió la toma de La Habana por los ingleses. «Ahí está la cosa. Tanta anglofilia que tenía Julián tuvo que traerle la desgracia. Cuando los hijos de la gran breaña tomaron La Habana en agosto del 62, toda la isla empezó a temblar. La guerra que ya venía amargándonos la vida desde años atrás, estaba llegando a un extremo que muchos temíamos caer bajo el yugo inglés, que no es que sea peor que el español, pero era salir de Guatemala para llegar a Guatepeor. Cuando los ingleses y los españoles firmaron el tratado devolviendo La Habana y los intereses en Cuba a cambio de parte de Florida, todos los que se habían posicionado a favor de la invasión fueron represaliados. Se demostró en tribunal militar que ‘nuestro’ Julián, y digo ‘nuestro’ con asco, había enviado informes confidenciales a Jamaica que llegaban, claro, a manos del Almirantazgo inglés y que explicaban, en parte, algunos desmanes de la armada española en el Caribe. Después del juicio sumarísimo y dado que eran cargos por traición fue colgado en El Morro y dejaron su cadáver al aire para que los gallinazos hicieran su fiesta. Desposeída de todas su propiedades y con su hijo de catorce años volvió a Batabanó avergonza-

da, avejentada y triste. Ya no volvió a ser nunca más mi Ángeles Francisca. Era una sombra en vida de lo que fue.»

XII

¡Carajo, que no me veo yo saliendo de esta! Hace ya mucho que entro y salgo de un sueño pegajoso, fantasmagorías que no se sabe de dónde vienen y a dónde van. No se supo nada de la videoconferencia con Clara y Lucía. ¿Cómo se va a saber si estoy aquí más perdió que el barco de los frijoles, coño! Esto se está poniendo feo, feo. *«Táte tranquilo, m'ijo. Por aquí no hay mucho meneo, eso es señal de que todavía te queda.»* ¿Es de día o de noche, padre? *«Si pudieras ver, dirías que es de noche, empezando a clarear.»* ¿Estuvo ayer cuando nuestra antepasada Francisca contó su vida y la de su hija y el traidor de Julián? *«Andaba en otro sarao,*

hijo.» ¿Y eso? «Verás, no les gusta hablar de eso por aquí. Como me pillen me ponen borroso, pero aquí también tenemos nuestras peplas, ¿sabes hijo? Hay gente principal que también nos obligan a hacer trabajos.» Padre, no me vayas a hacer tras-
tadas, que tú en vida fuiste muy cabal. «Siem-
pre ha habido gente que se pasa con las drogas. Pero antes el personal estaba avisao y lo hacía con cabeza, bueno, algunos, que otros no tenían tanta. El caso es que ahora hay gente que se mete to tipo de cosas y se nos pega un garbeo por aquí, eso que le llaman que han tenido un ‘mal viaje’. Entonces tenemos organizada una ‘brigada de recepción’. Vamos, que le ponemos las cosas jodidas para que no se les ocurra volver a tontear más. Lo malo es que hay veces que los pobres no logran encontrar el camino de vuelta. Lo que no saben esas criaturas es lo borrosos que se quedan na más llegar que da pena verlos. A mi me han encargado una de esas brigadas, que tengo que defender el pueblo cubano de toa esa mierda. Los muertos re-vo-lu-cio-na-rios también tenemos aquí nuestros CDR y nuestros medios para proteger a la juventud, ¿qué tú te crees?»
¡Joder, cómo os las gastáis! A mí no me v-
yáis a recibir de ese modo, ¡coño!, que las

drogas que me meten son legales y tienen su justificación. *«No te apures, Anselmito. Tranquilo. Te veo agitado.»* «¡Anselmo! ¡Anselmo! *Le hemos vuelto a bajar la medicación. Se va a despertar, ¿vale? ¿Puede abrir los ojos? ¡Tranquilo, Anselmo! ¡Abra los ojos! Bueno, vamos a esperar. Vigílalo.»* **Quizás por eso me ha notado mi padre agitado, pero no sé bien cómo abrir los ojos, ni cómo hablar, ni cómo levantar la mano. Pero aunque estoy hecho una piltrafa, que me van a tener que sacar de aquí literalmente con grúa, no diría yo que estoy peor. No hej pajsao al ojtro laoj.** *«¡Hombre, Anselmo! ¿Qué dices? ¿Puedes verme?»* **Tengo loj ojoj como pejgaos, bojni-ta.** *«¡Pero bueno, genio y figura! Eso si que es una manera de despertar. Te paso una gasa húmeda por los ojos, a ver si nos podemos ver.»* **Nunjca hujbiera pensao de alejgrarme de vej a una vejstía como lojs de Chernójbil, cojonejs!** *«Tiene usted una gracia, Anselmo, ¡con lo malito que está! ¿Cómo es que no ha perdido el humor?»* **Ejs lo újnico que me queda, m'ija. El humoj y mijs Clara y Lucía.** *«Hoy que está usted mejorcito a ver si hacemos esa videoconferencia, ¿vale?»* **Sij, claro. ¿Cuántos díajs llevo**

aquí? «Lleva usted doce. Se está portando usted como un valiente.» **Menojs épica mujé, menojs épica j.** «Que dice que le pica ¿qué?» **Ja, jaj, jaj,...** **¡No me hagajs reijr, por favoj que me desconpongo todoj!** «Tiene razón, tranquilo. Descanse y luego vuelvo. ¿Quiere volver a escuchar algo de su música? Se la pongo cerca de la oreja y bajito que hay otros abuelos muy malitos, ¿vale?» **¡Cómoj no! ¡Gracias!** **‘Cuando a Varadero llegué, conocí la felicidad, cuando a Varadero llegué, todo fue verdad, recuerdas mi bien que encontré tus gran amor sin maldad, y cuando tus labios bese, conocí la paz. Te recuerdas que yo te pedía fueras míiiii-iaaaaaaaaaa, no más, te recuerdas que tu me decías: ‘no te quiero más’ Cuando a Varadero llegué, conocí la felicidad, y cuando tus labios besé, mi alma tuvo paz. Tengooooo paaaaaz’.** ¿Qué alegría poder escuchar la música? Que no es que la música imaginada no esté bien, que ¡si yo le contara a esta gente lo que he vivío y escuchao en el otro barrio! Pero la música escuchada tiene un no se qué de envolvente, de presencial, corpórea, latiente, batiente, que parece que en el pecho

hace ¡bum, bum! ¡bum, bum! ¡bum, bum!
Quizás sea mi propio corazón que está emocionado de estar despierto. ¡Despierto, coño, Anselmo! ¡Que estás despierto! ¡Que has amaneció! ¿Y cómo va a ser eso de la videoconferencia? Porque cuando he hablado con Lucía en la pantallita del teléfono no veo un pijo. Que ya estoy viejo, que tengo ochenta y seis, cojones. Pero, bueno, si lo pone alto o me da un pinganillo por lo menos las podré escuchar. Les tengo que decir que los talones me molestan algo terrible, que en cuanto me he despertado lo primero que me ha venido a la cabeza han sido los talones. ¿Podré volver a andar si salgo de esta? Tendré que hacer rehabilitación seguro. Pero lo primero es antes, ¿no? *«Bueno, veo que disfruta de la música, ¿eh? Mira, te voy a traer una tablet que tenemos aquí en planta una doctora que tiene una con whatssap, ¿vale? Vamos a ver si puedes verlas. Hemos quedado en llamarla ahora, ¿vale?»* Vale, gracias. No sabes lo mucho que... ¡Clara! ¡Clara! No llores, mujer. ¡Hola Lucía, mi niña! ¿Cómo estáis? Pues aquí me ves, que la siesta me ha durao doce días. Sí

que tenía sueño, m'ija. ¿Pues cómo voy a ser? Las penas hay que pasarlas con buen humor, que la alegrías ya lo traen puesto, ¿no? Contadme cosas vosotras, que yo no debo hablar mucho que m'afixio.

Muy bien. Sí. ¡Estupendo! Claro, claro. Mucho ánimo, Clara que tú eres mu grande y mu fuerte. Cada días más guapa. Lo que tenga que ser será.

Pero no te preocupes que estoy en buenas manos. ¡Qué gente más buena! ¡Venga! ¡Hay que estudiar, Lucía! y lo que no pueda enseñarte tu madre, lo aprendes con el novio. ¿No estaba él en Primero de Carrera? ¡Coño, que te ayude! Alguna vez me he acordado de él, ¿sabes? Porque estudiaba Ciencias del Mar, ¿no? Y como yo soy como una ballena varada, ja, ja, ja,...

Pues yo le veo la gracia, ¿qué quieres que te diga? Bueno, que os cuidéis vosotras también, ¿vale? Que la doctora tendrá que hacer otras cosas. Besos, besos...

No llores. Besos. Muchas gracias, sois un par de soles. «Ahora descansa, Anselmo, ¿vale? Nos vemos más tarde.» Estaban bien, se les

veía bien. Llorosas, tristes, preocupadas, es normal, aunque le duela a uno, es gratificante saber que soy alguien para ellas. Es gratificante saber que no estoy solo. Es un dulce engaño gratificante. Estoy cansado. Mira que no he hecho nada, pero es que arrastro el alma. Este bicho me está dejando sin fuerzas ni para respirar. *«Me alegro de que finalmente hayas podido hablar con tus mujeres.»* ¡Mis mujeres! ¡Qué gracia tienes, abuelo Andrés! ¿Cómo tú por acá? *«He venido a darte las gracias, Anselmito, hijo.»* ¿Gracias? ¿Qué te he hecho que merezca darte? *«Pues mira, como te conté no quise saber nada de mis padres desde los quince y justo cuando había decidido largarme pues ellos cogieron la fiebre.»* Sí, claro, eso me contaste. *«Pues resulta que ayer, cuando Francisca Barién hablaba de mi tatarabuela Ángeles, estaba yo aquí pegando la oreja, ¡que buenas guatacas tengo! Y me emocioné, No te digo que llorara, m'ijo que a tanta mariconería no llego pero empecé a pensar en tanto sufrimiento acumulado pa llegá hasta aquí.»* ¿Has visto, abuelo? Todo lo duro que pareces y resulta que eres un sentimental. *«Pero me quedé con las ganas de escuchar a la propia Ángeles Fran-*

cisca, ¿qué quieres que te diga?» «Pues aquí me tiene señor Andrés, Pregúnteme lo que quiera» Señora Ángeles Francisca, bienvenida. Estoy con mi abuelo es que estaría bueno que diera su versión de los hechos. «A mi madre no le ha faltado razón. Lo único que ella, como es natural, no pudo conocer de Julián era su desempeño en el lecho conyugal. No quiero ser escabrosa, que no es propio de señoras hablar de estas cosas, pero Julián era un amante excelente. Y sí, era espía de los ingleses. Mi ingenuidad no me permitía ver lo que a otros muchos les saltaba a la vista que el dinero corría por la vida de un hombre sin oficio ni beneficio y que sus idas y venidas en clípper ligero por el Caribe lo hacía sospechoso de negocios turbios que él, que tampoco es que fuera muy listo, no era capaz de ocultar. Porque él mismo me dijo una noche de despecho, de esas que todos los matrimonios tienen alguna vez y otros demasiadas veces, que se casó conmigo por guardar las apariencias de formar una familia respetable. Cuando lo colgaron en El Morro no me alegré pero tampoco sufrí demasiado por él. Lo que me dolió es soportar los insultos pa mí y pa mi hijo Alonso que, aunque fuera un mozalbete ya, no estaba al tanto de nada.» ¿Y qué pasó con Alonso?

«Cuando llegué a Batabanó de vuelta en el 64 no quería saber nada de la vida, pero mi madre, que era una mujer con los pies en la tierra me obligó a hacerme con la bodega. Apoyándome en ella y el encargado que teníamos tiré p'alante. Mi madre murió en el 70 dejándome un negocio que nos daba a los dos para vivir. Mi hijo Alonso resultó ser buen estudiante en Guanabacoa. Cuando llegamos aquí mi madre lo mandó p'al cura que era el único que podía seguir enseñándole. Cuando se le fue la abuela, con veinte años que tenía él, yo veía que se me estaba echando a perder. Ayudaba poco en la bodega, no tenía buenas compañías, andaba siempre como un pendulario y dos o tres veces lo cogí metiendo mano en la caja. Hablé con el cura y lo mandé pa La Habana con la firme promesa de estudiar en la incipiente universidad. Marchó con esclavo y sirvienta que prometieron también dar cuenta precisa de su vida si fuera necesario. Fue un acierto. El muchacho, que había conocido las mieles de la riqueza de pequeño, los salones y fiestas y la abundancia de la vida de la Habana, se aburría como una ostra en Batabanó y le parecía poco o nada lo que su abuela -cuando vivía- y yo pudiéramos ofrecerle. Así que su vuelta a la gran ciudad le vino

bien. Terminó sus estudios de jurisprudencia y tuvo la decencia de venir a verme una vez al año hasta que una enfermedad femenina me llevó cuando él contaba treinta años.» «¡Ay! Muchas gracias, Ángeles, por su historia. Para mí, un hombre que ha peleado por la libertad se me hace duro oírle hablar tan alegremente así de esclavos y sirvientes.»

Diga usted que sí, abuelo, que a mí me pasa lo mismo. Pero, claro, ‘O tempora, o mores!’ Cuando leemos el elogio de la libertad del Quijote, lo hacemos pensando en lo que quiere decir para nosotros ahora, pero fíjese que él lo escribió a principio del siglo XVII.

«No recuerdo yo nada del Quijote, aparte de que estaba loco y cuatro cosas más, Anselmito. Que aunque sabía leer, lo ejercía poco y los libros en aquella época eran carísimos, cosas de ricos.»

Pues por suerte ese pedazo bien me lo sé de memoria, abuelo Andrés, y dice así: ‘La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el

mayor mal que puede venir a los hombres'.
«¿Y cómo es que decía eso el poeta siendo los españoles gente esclavista y tratante de esclavos tanto en la isla como en la metrópoli?» Muy buena pregunta, Ángeles, no sé si sabe que Cervantes estuvo cautivo muchos años en Argel y alguien que conoce la esclavitud no debería deseársela a nadie. *«Pues no será por la de esclavos y esclavas que conozco que habiendo obtenido o comprado su libertad, han seguido manteniendo a esclavos de su propiedad e incluso alquilarlos para sacar beneficio.»* También es verdad eso que usted dice, Ángeles, que aunque no sea la norma tampoco era una extraña excepción. Es que la condición humana es sorprendente, sin duda.

XIII

Como un en mural de Ribera o de Siqueiros, como en el altar de una iglesia barroca, como en una reunión de santeros, como en un catálogo de santos de Olot, como en una foto de mi promoción en las escalinatas del edificio central de la Lomonósov, todos juntos pero todos con su pequeño espacio en donde asoma su cabecita. Cada uno con su retazo de historia, con su pedacito de recuerdos que llevan consigo. Su retal que conforma el patchwork de la historia de mis antepasados. Cabezas de padre y madre, vestidos de fiesta, de esas fiestas tristes de los cuarenta en el mundo rural y lejano de Camajuaní. Esas

fiestas estaban llenas de anhelos, de deseo y sufrimiento a partes iguales. Cabezas de abuelos y abuelas, sonrientes unos, asombrados otros. Los que vivieron guerras y conflictos como Andrés. Los que anduvieron enredados en la locura del alcohol y la brutalidad. Las que fueron estigmatizadas por la ignorancia ajena y no por los defectos propios como Laura. Los que vinieron de lejos, de España, dejando sus casas y su vida, saliendo de un horizonte estrecho y agobiante de hambre y miseria. Las que vivieron una infancia llena de desgracia y pudieron rehacer sus vidas como Camila. Más y más tempranos, lejanos, ausentes, bisabuelas, bisabuelos. La luz de Paulina 'La Santa' dejando a su alrededor una proyección de sombras. Arrogantes los poderosos, los que se creen 'algo', los que en vida no se quisieron enterrar de aquellos versos; 'nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir', los que se empeñaban en rapiñar, los Wilson, los Julianes. Tiernas, dulces, pero llenas de inteligencia y fuerza, otras las mujeres que sacaron a sus hijos p'alante negán-

dose, negando sus deseos, sustituyendo sus anhelos por los de sus hijos. Todos juntos como en el poema de Whitman. ‘...ahora yo ofrezco mi pecho lo mismo al bien que al mal, dejo hablar a todos sin restricción’. Esa masa es lo que me conforma, nos conforma. La masa, la maza, Silvio. ‘¿Qué cosa fuera, Qué cosa fuera la maza sin cantera? Un amasijo hecho de cuerdas y tendones, un revoltijo de carne con madera, un instrumento sin mejores resplandores, Que lucecitas montadas para escena. ¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera, qué cosa fuera la maza sin cantera? Un testaferrero del traidor de los aplausos, un servidor de pasado en copa nueva. Un eternizado de dioses del ocaso, júbilo hervido con trapo y lentejuela...’. Aquí varado sin estar en Varadero, perdido sin estar en tus brazos, Clara. Lleno de amor y no pudiendo hacer nada contra la muerte. ¡Silencio! ¡Oíganme! ¡Carajo! *«No te irrites, Anselmito, que es peor.»* Déjeme, madre, ¿no sabe lo de las cinco etapas? *«¿Qué tú dices, m’ijo?»* Pues eso: negación, ya pasó, ira, la que tengo ahora. ¿Por qué no se van todos a joderla a otra

parte, coño? *«Tranquilo, hombre, tranquilo.»* Yo me tranquilizo, padre, pero ¿qué hacen todos ahí? A mi eso de que estén todos juntos como esperando, es que me da yuyu, joder. Lo que les falta es que empiecen a hacer claqué y se pongan a bailar el 'Bye, bye, life!'. *«Estás soñando, ¿sabes? ¿Es que tú no lo notas?»* ¿Qué se nota? *«¿No notas el brillo?»* No. *«No te preocupes que cuando llegue el momento no vas a tener dudas.»* ¿Entonces ahora esto es un sueño? ¡Mis manos! ¡Me puedo ver las manos! Mi Lucía dice que verse las manos en un sueño es signo de progreso espiritual y yo me río y ella se me cabrea y me dice que conmigo no se puede hablar en serio. *«Un tanto de razón tiene la niña.»* ¿Pero qué sabrá esa criatura con la edad que tiene de lo que es el 'progreso espiritual'? *«¿Tú te estás dando cuenta de los que dices? El otro día estabas asombrado, dándonos la brasa con el descubrimiento de nuestra pariente Paulina y ahora no puedes admitir que tu Lucía tenga su sabiduría.»* No es lo mismo, madre. *«¿Por qué no es lo mismo? ¿Porque la conoces? ¿Porque la has criado?»* No quiero discutir con usted, madre, será así como dice. El caso es que me veo las

manos, me veo el cuerpo, puedo mirar a mi alrededor. ¡Qué gusto! *«¿Y qué tú ves?»* Pues mire, padre, la estoy viendo a ella. Está aquí. ¡Hola Lucía! ‘Hola, Anselmo.’ ¿Qué has hecho hoy, que se te ve tan contenta? ‘Nada, he estao con la Pili en la playa. ¿Y tú, leyendo como siempre? Espera, abuelo, que me llaman.’ ¿Usté la vé, padre?, no logra decir cinco palabras seguidas cuando la están llamando o mandando mensajitos o yo que sé. ‘Bueno, abuelito, que me voy, llegaré tarde.’ Dame un beso, anda y habla con tu madre antes de irte, ¿vale? ‘¡Muuuuuaccc! Pesao, que ereh un pesao.’ ¡Oye un respeto, que soy un superviviente de la guerra! ‘¡Anda, anda! Qué desagerao ereh.’ ¡Vaya manera de hablar, Lucía! Se fue. ¿Ve, madre? ¿Ve lo que le digo? ¿Usted cree que se puede comparar a Paulina ‘la Santa’ con Lucía, aunque tengan la misma edad? *«Nadie se puede comparar con nadie.»* No se me ponga filósofa ahora, que no le pega. ¿Sabe usted que pasó con el hijo de Ángeles, con Alonso? *«Eso se lo vas a tener que preguntar a él, pero con la que has armao antes no creo que esté de humor.»* ¡Madre, es que me aco-

jona ver tanto muerto junto, coño! Esto empieza a parecerse a la película esa que tanto le gusta a Lucía. ¿Cómo era? *«¿La novia cadáver?»* No, madre, no. La del niño mejicano, la del día de los muertos, ¿cómo era? ¿Y cómo sabes tú lo de la novia cadáver? *«¿Qué tú te crees? Aquí hay algunos éxitos que causaron furor. No nos gustan las de vampiros y eso, que ver esas cosas aquí traen mal rollo y te puedes hasta poner borrosa, m'ijo. Pero 'Bitelchus', 'La novia cadáver', 'La muerte o sienta tan bien' y esa de 'Ghost', esas cosas así por aquí tienen su éxito también. Además, muchas de ellas están inspiradas por gente de este barrio, ¿tú me entiendes?»* Claro, madre, claro que te entiendo. Pero la película de la que te hablaba la tengo en la punta de la lengua y no me sale. *«Coco.»* ¡Esa, coño! Esa es la película. ¿Pero, quién es el que ha dicho el nombre? ¿Le conoce, madre? *«Bueno, usted formuló el deseo de saber que fue de mí hace un momento, y aquí estoy.»* ¡Alonso, el hijo de Ángeles Francisca! *«Ese mismo, para servirle.»* Dígame, Alonso, ¿a qué se dedicó usted después de sacar sus estudios? *«Cuando en el desgraciado año de 1780 finó mi querida madre ya no quedaba na-*

die en Batabanó que justificara mi estancia. Vendí la bodega. Con los recursos que me quedaron de la herencia y la venta tenía suficiente para medrar en La Habana por unos años. Es propio de personas modestas no hablar bien de sí mismas o de su propio aspecto...» **No se preocupe, Alonso, diga lo que tenga que decir.** *«Pues eso, que yo era un hombre joven; asaz apuesto, con sirvientes, recursos y una recién obtenida titulación, que no se dolía en invitar aquí e ir a una recepción allá. Bien vestido, elegante. Mi único defecto era tener ese apellido Díaz que aunque afortunadamente era vulgar, muchos conocían que procedía de mi padre, Julián Díaz de la Reina, el traidor. Así que resolví eliminarlo en mis escritos y transacciones, lo cual, conociendo como conocía leyes y cédulas conseguí finalmente en el año 82, pasando a llamarme oficialmente D. Alonso Pardo del Río, viniendo a rescatar los apellidos de mi abuelo Fernando como propios. Ese gesto no solo fue aceptado por la alta sociedad habanera sino que -sin yo pretenderlo, que fue más un gesto casi a escondidas- me abrió las puertas de todas las grandes casas de la ciudad hasta el punto y manera que se me ofreció el cargo de teniente encargado del Sr. Intendente. Durante*

esos años trabajé mucho, viajé mucho y conocí mucho de nuestra isla. Pues el Sr. Intendente. D. Ignacio, era un hombre entregado a su causa y al Rey nuestro señor.» ¡Joder, con el pariente! Porque está usted hablando de Carlos III, se va a librar. «¿De quién quiere usted que hable, Anselmo? Ese era el Rey nuestro señor. En septiembre del 84 conocí a Catalina recién llegada a la isla, hija de un militar español que, al fallecimiento de su madre en Sevilla, viajó con una tía a encontrarse con su padre. Su padre me conocía ya antes de su llegada a la isla. Fue él mismo el que me la presentó en una recepción en su casa. Catalina era una mus-hasha de diecinueve años. Alegre, curiosa y llena de vida. Aunque venía de Sevilla, ella no había vivido prácticamente nada en la propia ciudad, sino en una gran hacienda de nombre 'La Plata' en Carmona. La madre de Catalina, hermana del propietario de la hacienda, las había cuidado a las dos mientras su padre cumplía destino en la isla, pero al tener tan malas noticias y habiendo hecho en Cuba su vida y carrera, pronto a dejar el ejército, quiso traerse aquí a 'la niña' como él le llamaba. Catalina, sin mucho entusiasmo por sus familiares, aprendió a tocar la vihuela en la hacienda y de

verdad que era un gusto verla tañer el instrumento. Lo hacía con tanta gracia que no era raro ver en el patio de su casa en La Habana a un grupo de parientes y amigos admirándola, grupo al que de lejos y sin ser muy notados se asomaban, remoloneando, tanto sirvientes como esclavos que, todo hay que decirlo, la admiraban. Catalina, a pesar de haberse educado entre nobles, no era partidaria de tener esclavas y esclavos en casa. Cuando comenzamos el noviazgo, con el beneplácito de su padre, y ya empezamos a tutearnos, yo le ofrecí formar casa juntos tras el matrimonio, pues no quería estar a la sombra de mi suegro el militar. Ella sólo me puso una condición, con esa vocecilla graciosa y alegre que se traía: 'Mira, Alonso, la gente que quiera trabajá pa nosotros tiene que tené un sueldo y libertá pa marcharse si quiere. A mí me da mucha angustia vé cómo se compran y se venden a esah criaturah como si fueran animaleh'. Yo le dije que sí que en su casa se haría como ella quisiera y pasé de ser su pretendiente a ocupar un huequito en su corazón.» ¿Cómo era su Catalina? Quiero decir, ¿qué aspecto tenía? Como comprenderá es una sana curiosidad, dado que ella es la bisabuela de mi abuelo Andrés, según creo

haber puesto en pie. Que con tanto pariente casi no me hallo. *«Pues aquí entre nosotros, como parientes y hombres, quiero sincerarme con usted, Anselmo. Espero que ella no me escuche, no sé si se enfadaría al escucharme, pues lo cierto y verdad es que no he querido a mujer como a ella. Pues cuando la conocí, especialmente cuando la conocí en sentido bíblico, usted me entiende, fue tan grande mi gozo y alegría que pareciera que el cielo había dejado caer en la tierra un trozo solo para mí. Y este amor conyugal, en contra de todas las opiniones de los que hablan de estas cosas, lejos de mermar, crecía. Y como usted pregunta con sana curiosidad por su aspecto físico, he de decirle que no era una belleza. No es que fuera desgraciada de figura, ¡qué va! Pero rodeado como estábamos de bellas negras y mulatas, de hijas de nobles de rubios cabellos, Catalina no destacaba en ese sentido pues era una mus-hasha delgadita, bajita, de cabello rizado tirando a pelirrojo sin llegar a serlo del todo. Su piel era clara, sonrosada, con el rostro rociado de pecas que se hacían más y más evidentes con el sol de la isla y con la edad, claro. Tenía un lunar nada gracioso en la comisura del labio superior que ella disimulaba con polvo de arroz y otros afeites. Pero todo lo*

que su naturaleza no la encumbraba para el sentido de la vista, lo compensaba con creces por ser amable, dicharachera sin caer en lo vulgar, alegre aunque siempre sabía estar en su sitio y una auténtica fiera en el tálamo, hasta el punto que algo extrañado por el comportamiento tan liberal en el lecho llegué a preguntarle que dónde había adquirido tales conocimientos de la vida en pareja. Resulta que mi Catalina, a pesar de su corta edad de diecinueve años cuando llegó, era una mujer muy leída que, en contra de lo que pudiera pensarse, estaba al tanto de las novedades literarias y políticas del siglo. Su abuelo materno, un hombre liberal hasta donde podía serlo, tenía una muy amplia y cuidada colección de libros. Catalina Meneses Arjona, pues ese era su nombre completo, era una muchacha culta que sabía leer en francés, latín y hacía sus pequeños pinitos incluso con las matemáticas y geometría. Aunque no acompañaba a sus tíos a las reuniones de la Sociedad de Amigos del País, siempre se interesaba por todo lo que ocurría, aún en la lejanía de su hacienda sevillana. ¡Fíjese, Anselmo, que cuando vino a Cuba trajo consigo nada menos que trescientos libros! ¡Un capital en ese época! Posiblemente los primeros ejemplares de la ‘Encyclo-

pédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers' de 1772 de Diderot y d'Alambert llegaron a Cuba de su linda mano. Cuando nos casamos en el 85, como le dije, pusimos casa propia en La Habana, en S. Isidro. La verdad es que los primeros años de casados fueron felices pero muy movidos porque mi cargo me obligaba a viajar y ella desde el principio dejó claro que no iba a quedarse como una tonta esperándome en la casa. Aunque no era común, me acompañaba a todas partes y, ¡bendita sea!, sus consejos y energía más de una vez me sacaron de apuros. También es verdad que igual que era una alegría llevarla conmigo, era todo un reto pues no estaba bien visto que la mujer del Señor Teniente encargado fuera por los cerros montada a caballo como una guajira. Pero es que Catalina era una experta amazonas pues como me decía ella: 'En la hacienda además de los libros la única distracción eran los bestias'.»

¿Cuántos hijos tuvieron? «No habían pasado once meses y nació Rafaela, su parienta. Después vinieron Carlos, Gaspar, Isabelita y Jacinto. De mis cinco hijos solo tres llegaron a la edad adulta. Catalina era una madre entregada y sufrió mucho con la muerte de Gaspar e Isabelita. Cuando Ra-

faela cumplió los 15 años yo estaba de viaje por oriente. En aquel momento Jacinto tenía seis añitos y los dos pequeños ya habían fallecido. Catalina hacía tiempo que no me acompañaba. Yo pasaba la noche en Puerto Padre, un huracán azotaba el oriente de la isla y literalmente me llevó con él. La dejé a la pobre como una viuda joven con tres hijos y una buena posición.» Lo que no entiendo es como en el plazo de dos generaciones se pasa de la ilustrada de Catalina al patán de Lucas Ochavo, mi bisabuelo. *«Ahí no le puedo ayudar m'ijo. Eso son cosas ya de los que vinieron detrás.»* Claro, Alonso, ¡cómo no! Era más una reflexión en voz alta. ¿Cuándo fue lo del huracán? *«En noviembre del 1800. Para como estaban las cosas en España, y las desgracias que iban a ocurrir en Cuba, casi que me alegro de haber caído en esos días.»*

XIV

¡Ya está bien! *«No te pongas bravo, hijo, ¡que no arreglas nada!»* ¿Pero es que no hay nadie por ahí con quien hablar de esto, madre? *«Mira, Anselmito, que esto de morirse no es como pedir una visa, ¿tú me entiendes? Aquí no hay nadie que te pueda prolongar la vida así como así.»* Mire, madre, yo hago lo que haga falta, ¿no? Pero al menos, quisiera ver como Lucía saca la selectividad, la EVAU esa que le llaman ahora. Entonces, digo yo, que si me dan unos meses, lo justo, ya luego me voy en paz y eso. *«Pero es que esto no funciona así, Anselmo.»* ¿No hay un Ministerio de Muertos o algo así, como en las novelas de Harry Potter con la

magia? ¿Pedir un préstamo de tiempo o una cosa de esas? *«Nanai, m'ijo.»* ¡Menuda candanga! ¿Tú crees que les puedo hacer esto a Clara y Lucía, coño? Ya es que me siento muy desconectado, madre, que ni siquiera siento a la doctorcita acercarse ni de lejos. *«Lo siento, Anselmito.»* ¿Viste ayer al Alonso, madre? ¿Recuerdas que le pregunté cómo se perdió todo ese capital que tenía la Catalina, que no le llegó al nieto ni esto? *«Lo recuerdo, m'ijo. ¿Y conoces tú a esta señora?»* ¡Uau! ¡Qué porte! ¿No será usted doña Catalina? *«Doña Catalina era mi madre, qu'en gloria esté. Yo soy Rafaela Pa'do Menese, pa se'virle.»* Encantado. ¿Ha visto usted en qué clase de estado me encuentro? *«No sabe cuánto lo siento. Eso de mori'se es muy arrastrao, muy duro, m'ijo. Pero, ¿sabe?, una vez pasao, tó s'olvida»* Me lo tomaré como un alivio, pero voy sintiendo una tristeza cada vez más fuerte por dejar este mundo. A ver si me aclaro, Lucas Ochoa, el padre de mi abuelo Andrés es su hijo, ¿no? ¿Cómo es que era de Santiago? *«Cuando mi padre murió, mi madre se enca'gó de da'me la mejor educación disponible para una mushasha en La Habana de la época. Todo en la*

*propia casa, claro. ;Hasta tomé clases de pintura de D. Vicente Escobá! Siguiendo la costumbre de mi casa, era buena lectora y pasaba el tiempo entre la costura, la lectura y el estudio, además del juego, claro po'que aunque ya era una muje'cita, aún me gustaba jugá con mis he'manos. A mí no me tiraba el matrimonio, la ve'dá. Mi madre no paraba de propone'me pretendientes. A mí me parecían todos canucos o, en el peó caso sucios patanes. Cuando ya la pobre había dado el caso por pe'dido, en el 16, conocí a Ca'los Ochavo.» ¡Vaya, ya apareció mi **segundo apellido!** «Yo ya tenía 31 y estaba considerada -incluso yo misma lo pensaba así- como la solterona que se quedaría a ca'go de su madre, Ca'los, a sus 47, era un viudo con casa en Santiago e intereses económicos pó toda la isla. Era miope, un tanto jiboso y mostraba muy poco interé en el casorio y en mi persona en concreto. Lo nuestro no fue un enamoramiento, realmente. Lo nuestro fue amistá e intereses comunes.» **¿Qué intereses eran esos?** «Su exquisita afición pó los estudios científicos estaba acreditada. Conoció a Humboldt, era un predilecto asistente de las te'tulias del obispo Espada, pa'ticipó como ayudante destacado en la campaña de la vacuna contra la viruela que el Sr.*

Romay desarrollara en la isla y fue amigo personal de Varela. Cuando empezamos a conve'sá en algunas de esas te'tulias a las que acudía con frecuencia, nos tratábamos como aficionados al mismo tipo de cosas. Inte'cambiábamos ca'tas cuando él iba a atender sus distintos dominios y cuando volvía hablábamos amigablemente de las últimas noticias. Ca'los era un devorador predilecto de los libros de nuestra abundante biblioteca. Una tarde, paseando por el bo'de del mar, él empezó a habla'me de su casa en Santiago, de su biblioteca, que no llegaba a la altura de los zapatos a la nuestra y de su esclava María, que la había criado de pequeño y a la que acababa de dá la libe'tad al cumplí los setenta años. Nunca habíamos tratado ese tema y mi espíritu liberal, haciendo honó a la opinión de mi madre, le recriminó, tontamente, pues ¿quién era yo para inmiscui'me en los asuntos de mi amigo?, su actitud esclavista. Le referí, ya que en nuestra casa nos sentíamos o'gulosos de la historia, las condiciones impuestas por mi madre a mi padre para casa'se. Él, so'prendido por mi alegato antiesclavista y por la historia de mis padres, me contestó: 'Tengo una hacienda con más de cien esclavos. En mi casa aún trabajan quince y siempre me he consi-

derado un hombre pacífico y de honor. Pero si usted está dispuesta a casarse conmigo, mañana mismo firmo la libertad sin costes para todos ellos'. Yo me quedé muda. Me había devuelto mi a'gumento de tal manera que no pude rechistar. En ese momento le tenía afecto a Ca'los, como el que se le tiene a un hermano mayor, pues él era muchos años mayor que yo. Pero, no sé si por o'gullo o por admiración ante su gesto dije que sí.»

¡Menuda manera de casarse! La coyunda entonces, si me permite el término, tuvo que ser complicada. *«¿Pó qué? Ca'los era viudo y sabía todo lo que se tiene que saber y yo había leído mucho de todo, incluso tenía una ve'sión, clandestina por supuesto, de la Justine de Sade que me costó un dineral. Yo me tomé entonces el lecho conyugal como una especie de laboratorio de sensaciones y lo que en un principio nadie comprendió, te'minó siendo un ejemplo de vida en pareja a la vista de todos, pues nos llevá'bamos bien, realmente bien.»* **Entonces hay algo que no entiendo, ¿cómo es que su hijo lo presenta mi abuelo como alguien despreciable? ¿Qué ocurrió que lo llevara a ser así?** *«Creo que a esa última pregunta debe responde'le él. Yo puedo conta'le lo que ocurrió con*

nuestras vidas, la de mi marido Ca'los y la mía.»
¡¿Cómo no?, déle, déle! *«La decisión de desha-
ce'se de los esclavos, o lo que es mejó, de libera'los,
provocó dos efectos inesperados. Uno, bastante fa-
vorable y otro completamente desolador. Ca'los
no fue el único ni el primero en tomó esa decisión.
Aunque el me'cado de esclavos estaba en su apogeo,
eran muchas las voces, especialmente venidas de
Francia e Inglaterra, ¡qué contradicción!, que se le-
vantaban en contra de esa lacra e ignominia de la
especie humana. Haití había conseguido, tras los
Estados Unidos, la independencía. Fue la primera
revolución de esclavos con éxito. Los hacendados
de Cuba se pusieron a temblá, pó lo que acciones
como las de Ca'los se inte'pretaban como un signo
de debilidad. Ellos temían los desmanes de la revolu-
ción que, los propietarios gustaban en exagerá con
el mismo ahínco con el que ocultaban o minimiza-
ban las a'bitrariedades y crueldades cotidianas y
constantes en sus propias haciendas. En aquellos
años las pugnas políticas entre absolutistas y libe-
rales nos colocó en ocasiones en situaciones difíciles
de sobrellevá. Mi marido se alineó con los Ramírez
y los de Arango, cosa que en algunos círculos de
Santiago le supuso el ostracismo. A los dos años de*

casorio, nació Luquitas, nuestro único hijo. Fue un parto muy malo, tan malo, tan malo, que le hice prometer a mi Ca'los que si el niño nacía sano no íbamos a tené ni uno má. Yo creía que me moría. Fueron cuatro días de agonía, el do'tor no se atrevía con la cesárea y además el hijoeputa tomaba y tomaba de fo'ma que llegó un momento en que no estaba pa ná. Finalmente Lucas vino al mundo, azul como un lirio, pero con los cuidados y masajes de una matrona negra, sobrevivió. A mi marido le dije: 'al comemie'da del do'tor le das aire que como no se quite d'enmedio le largo un viaje en cuanto me levante'. Cuando Andresito tenía dos años mi Ca'los cogió unas calentura y se fue de este mundo. Tres años después mi madre Catalina finó. Lucas vino a este mundo, el pobre, a sufrí, tenía mal fario, la criatura. Con cinco años solo me tenía a mí y a los tíos lejanos de La Habana. Mis hermanos Ca'los y Jacinto eran ya hombres que llevaban su negocios en La Habana. Los que fueron compañeros de juego en la infancia, ¡la de días que jugamos juntos!, se convirtieron en manos de la avaricia y los malos consejos en unos buitres. Mi Lucas tuvo la mala suerte de perderme a los nueve años y los cabrones de mis hermanos se quedaron literalmen-

te con la herencia, que no era moco de pavo, y lo encerraron en un ho'fanato. Yo sufrí mucho desde el otro barrio viendo a mi pequeño desamparado y triste.» ¡Coño! Pues ya está tó explicado. ¿Qué criatura aguanta esa pérdida y encerrona, sin padre ni madre y sabiendo que sus tíos se la pasan a costa de lo suyo? *«Pues fíjate, Anselmito, que eso a mí nunca me lo contó mi padre»* ¡Hombre, abuelo, gracias por venir! *«Se le saluda, abuela. ¿Cómo usté está?»* *«Pues ya ves, André, m'ijo. No estamos pa mushas alegrías. El Anselmito que está guardando el carro, como quien dice.»* Un poco de respeto, Rafaela, por favor, que la esperanza es lo último que se pierde. *«Me pasao toa la vida arrancándole el pellejo a mi padre sin sabé nunca lo mal que lo pasó el pobre de chico.»* ¿Y cómo es que él no está por ahí, abuelo Andrés? *«No sé si sabes, Anselmito, que los muy tomadores pierden el rumbo cuando pasan p'acá. Mi padre creo que se perdió del todo. Son muchas las veces que le he buscao y nunca ha apareció.»* ¡Qué feo está esto! ¡Ya veo arremolinarse al personal! ¡Mi Clara, mi Lucía! ¿Será esto un sueño otra vez? Pero no lo veo tan brillante como la otra vez. No. Esto no es un sueño.

Este es el jodido momento en que la cosa se acaba, ¿no? ¿Por qué se ponen ustedes de esa forma? ¡Coño! ¿Dónde he visto yo esto? ¿Pues no que me parece aquello del Bosco que vi en el Palacio Ducal? ¡Joder, Anselmito! Esta vez sí que la estás diñando. Estirando la pata, cerrando el kiosco. Ahora sí que puedes cantar el ‘Bye, bye, life!’, o el ‘Gracias a la vida, que me ha dado tanto’ o ‘¡Qué bello es vivir!’.

¿Pero tú te has visto? ¿No te has dao cuenta de lo cansaísimo que tú estas, Anselmo? ¡Hola, hola! Gracias por venir, madre. Buenas, padre, ¿cómo está usted? ¿Alguien puede avisar a Clara? ¿Alguien puede despedirse en mi nombre de Lucía? ¡Adios, Cádiz! ¡Adiós, Cuba! ¡Adiós, Clara! ¡Mi Clara! ¡Lucía, pequeña, mi niña! Ante esto tan grande, ante este silencio, ante esta luz hermosa que asoma en la lejanía, todas las penas de la tierra, no son nada. Me siento ligero, subo y me alejo en la inmensidad de cielo nocturno. Allá, al fondo, la bahía con sus pequeñísimas lucecitas que marcan el contorno de la costa. ¿Hace frío? Hay una calma atronadora. Un inmenso viento que me esculpe como a las maravillo-

sas nubes lenticulares que se forman por encima de las cumbres. Ahora veo la manigua, ahí abajo. Santa Clara, mi casa, la casa en la que viví con mi madre tantos años. Muero y nazco y muero y nazco, miles de veces, agitado de aquí para allá, como una hoja al viento, como un susurro soplado dulcemente a la oreja de un bebé. Como una nana. Muero y vuelvo a nacer. Me agoto, pierdo incluso el nombre. ¿Quién soy? ¿Qué es esto? Silencio. ¿Eeeeeoooooooo? Silencio. No veo nada. N-a-d-a. ¿Así, ya está? ¿Esto es todo? *«No t'apures, m'ijo»* ¿Quién tú eres? *«Ahora no te acuerdas de ná, es lo normá. Pero estamos aquí p'ayudarte, ¿ves?»* Silencio. Estoy confuso. ¿Quién tú eres? *«Tranquilo, hombre, tranquilo.»* Silencio. Esto es mu grande, ¿no? *«Estamos aquí. ¿ves? Descansa.»* Silencio. *«Cuando se te pase el trago, rumbeamos un rato, ¡carajo!»* Esto es mu fuerte, oiga. *«Descansa, Anselmito, descansa en paz.»*

Epílogo

Me hubiera gustado despedirme mejor. ¡Vaya pena de entierro! Pero, claro, la cosa no está pa muchas reuniones, que lo entendiendo. Eso no quita pa que joda. Aquí me dicen que al principio es fácil hacerse presente a los tuyos y que con el tiempo cada vez es menos frecuente. Estoy contento de haber vivido, de haber amado a los míos, he tenío la inmensa suerte de haber nació en uno de los lugares más bellos del mundo y de haber muerto en otro que no se queda atrás. ¡Que me quiten lo bailao, cojones!